

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los co-
misionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 rs. trimes-
tre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.
—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saa-
vedra, 55, rue Taitbout.—Manila, D. Cirilo Rivera, calle de Anda, núm. 5.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 3 de Junio
de 1872.

Abierta a las dos y media, y leída el acta de
la anterior, fué aprobada.

El señor presidente interior del CONSEJO DE
MINISTROS (Topete): El Gobierno de S. M. tiene
el honor de venir a cumplir la palabra que em-
peñó hace cinco o seis días ante el Congreso de
señores diputados. Teniendo en cuenta en aque-
lla ocasión los altos deberes de su cargo se ade-
lantó a decir algunas frases sobre el asunto que
preocupaba la atención pública, ofreciendo traer
una solución tan luego como le fuese posible, y
rogando entretanto a los señores diputados que
no le exigiesen más explicaciones, porque, care-
ciendo de antecedentes, no podía formar un ju-
icio anticipado. Lejos el Gobierno de sentir el ha-
berse encerrado en aquella reserva, se felicita de
ello, porque no ha tardado mucho en poder cum-
plir su palabra. Las dudas que pudo suscitar en
su ánimo la lectura del indulto de Amorevita,
se han desvanecido. El Gobierno, ante esas du-
das, creyó indispensable conferenciar con el ge-
neral en jefe, y a este efecto le previno que en-
tregase el mando y se viniera a esta corte. *Pidió
la palabra el señor duque de la Torre.* Habiendo
conferenciado con dicho general en jefe, oídas
sus razones, el Gobierno aprueba su conducta en
todas sus partes, y desde luego acepta toda la
responsabilidad del indulto de Amorevita.

Hechas estas declaraciones, solo le resta ma-
nifestar al Gobierno que así como en días an-
teriores se encerraba en la más completa reserva,
hoy está dispuesto a contestar a cuantas pregun-
tas quieran hacer acerca de este asunto los señores
diputados, esperando después tranquilo el
juicio de la Cámara y del país.

El señor duque de la Torre: Señores dipu-
tados, vengo a cumplir un deber sagrado que me
impone la patria, dando explicaciones ante la re-
presentación nacional, de los actos que, como ge-
neral en jefe, he ejecutado en las Provincias Vas-
congadas y Navarra.

Cuando el Gobierno de S. M. tuvo a bien con-
firmar tan importante cargo, me puse en marcha in-
mediatamente. Al llegar a Madrid, estaba dis-
puesto a dar estas explicaciones. Inútil es
decir que reconocí el tribunal y acataré su fallo,
quien tiene la conciencia de haber cumplido su
deber, y, aunque parezca inmodesto, de haber
prestado un servicio a su patria.

El Gobierno de S. M. tuvo por conveniente de-
signarme para ese puesto, dándome los pocos
medios que pudo, pero sin que yo reclamara
ningunos más. Llegué a Navarra, y sin determi-
nar un momento, de acuerdo con el bravo ge-
neral Moriones, se emprendieron las operaciones.
La activa persecución que Primo de Rivera hizo
sobre la facción Rada, y la que hizo Moriones
sobre la de Carasa, dió por resultado el brillante
hecho de armas de Orreaga. Las facciones na-
varras se dispersaron con este glorioso hecho
de armas, y yo recomiendo a la consideración pú-
blica al digno general Moriones.

Imediatamente me puse en marcha sobre las Pro-
vincias Vascongadas nuevas fuerzas que el Go-
bierno había tenido a bien enviarme, y ejecuté
un movimiento sobre Vizcaya. Al llegar a Flo-
rio el primer día y dar un descanso a las tropas,
me alojé por un momento en casa del Sr. Ur-
quiza, diputado foral que había sido en Vizcaya cin-
co meses, persona muy respetable en el país, y
sabiendo sus antecedentes y conociendo sus opi-
niones carlistas, lo llamé aparte y le dije: «Señor
Urquiza, Vd. no puede ver con gusto la desolación
de estos campos; Vd. no puede mirar con in-
diferencia que se destruya la prosperidad en
este hermoso país; es imposible que Vd. ame la
destrucción de la tierra en que ha nacido, y usted
conoce también que es absolutamente imposible
el predominio del carlismo; pues bien, yo ofrezco
la paz a los vizcaínos. Su hermano de Vd. es el
diputado general que se ha sublevado; ¿quiere
usted hacerle entender qe vengo en son de paz
y que deseo que nos queden amigos para devolver
su tranquila felicidad a estos pueblos, para no
devastarlos, para no destruirlos? Si fuera posible
siquiera que Vds. triunfara, aun después de
grandes desastres, comprendería su grande em-
peño; pero, siendo esto como es, imposible, sos-
tendremos la guerra civil; durará más o menos
tiempo, Vds. serán vencidos, y el país será de-
vastado».

El señor Urquiza me contestó: «Antes de acor-
darme la empresa, he sido llamado por D. Carlos,
diciéndome que de lo que se trataba era de un
paseo militar. Al rogarle que me dijera los me-
dios con que contaba, me los ha manifestado, y
yo no he tenido inconveniente en decirle que la
mayor parte de esos medios no se realizarán;
que yo, que era partidario de la causa carlista,
no lo era hasta el punto de querer para mi país
la guerra civil; y que yo me oponía a la empre-
sa, y de ninguna manera tomaría parte en ella,
porque era descabellada. De regreso a mi casa,
hablé con mi hermano, el cual me manifestó que
tenía tal compromiso, que no faltaría a él aun-
que él solo se levantara; pero puesto que cono-
zo la seriedad y verdad de los razonamientos que
usted hace, yo hablaré con mi hermano y procu-
raré disuadirle».

Segui las operaciones, y de la misma manera
que en la primera combinación deshicimos las
facciones navarras, en la segunda, cuando el ba-
tallón de Mendigorría tuvo ocasión de lucir su
brillante valor en Oñate, rindieron las armas y
huyeron de la mayor parte de las facciones
guipuzcoanas. Me detuve dos días, orque ape-
nas bastaba el tiempo para recoger armas y es-
tender pases de presentados, emprendiendo en
seguida el tercer movimiento que hemos ejecu-
tado sobre las facciones vizcaínas. Al marchar
sobre Mondragón, se me presentó el Sr. Ur-
quiza, y me dijo: «He enviado a decir a mi herma-
no que Vd. me manifestó (yo ya casi no me
acordaba, lo digo ingenuamente), y me contesta
que está en la sierra de Gorbear; ahora mismo
voy allá; tengo mucho que andar, y está difi-
ciliando; ¿dónde le encontrará Vd. mañana?». En
Durango, le contesté, y nos separamos in-
mediatamente. Este señor marchó, y a la jun-
ta, se entendió con ella, y volviendo al pueblo
que le había designado, me dijo: «Mañana ven-
drá aquí la junta a hablar con Vd. Vi que las
tropas de la división Letona estaban muy próxi-
mas a los vizcaínos, y les he dado el recado de
usted, para que, en vista de que nos entendi-
mos, suspendan sus movimientos».

Yo di también la orden en seguida para que

suspendieran el movimiento, y esperé con im-
paciencia todo el día a la junta; pero esta no venía,
y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin va-
cilar, marché sobre Zornoztea, donde llegó el señor
Urquiza a decir que había estado muy cerca de
nosotros la noche anterior; que no se había atre-
vido a llegar, pero que vendría al día siguiente.
Los estaba esperando con la impaciencia natural
de un soldado que quiere cumplir con su deber,
que quiere servir lealmente al Gobierno, que
quiere prestar un servicio a su patria, que quiere
acabar con la guerra civil pronto, porque las
guerras civiles, cuando toman cierto incremento,
no se sabe cuando concluirán: los estaba espe-
rando, digo, con la impaciencia natural en el
que no quiere para su país la plaga mayor de to-
das las plagas, la funestísima plaga de la guerra
civil, cuando recibí un telegrama anunciándome
la para mi fatal desgracia de la dimisión del mi-
nisterio Sagasta, habiéndome de un expediente y
diciéndome que S. M. el rey ordenaba que me
acercase a la estación más inmediata para poner-
se al habla conmigo acerca de la formación de
un nuevo Gabinete.

La situación era terrible; por un lado la im-
paciencia prolongada durante tres días que llevaba
esperando para entenderlos sobre las bases de
indulto, porque no se ha pensado nunca más que
en esto; y por otro la impredecible obligación
de cumplir estas órdenes de S. M.

Se presentaron por último esos señores, redac-
tamos el documento, al cual debo decir que le
faltó claridad, por lo que creo que necesita ex-
plicación, así como creo también que la alarma
que ha producido ha sido fundada hasta cierto
punto por esa misma falta de claridad. Hay que
tener además en cuenta que el día 24, cuando
fui a Bilbao a cumplir las órdenes del rey, se
puso en el correo dicho documento, la capitula-
ción, el indulto, dándole el nombre que se quiera,
y no ha llegado hasta hoy a manos del presiden-
te interior del Consejo: esta es una circunstancia
desgraciada, de la cual yo no soy responsable.
Se extendió otra comunicación repitiéndose la
anterior, y esa es la que dió el señor presidente
del Consejo que tenía él el bolsillo; pero la que
me puso el día 24 no la ha recibido hasta hoy S. M.

Imediatamente marché a Bilbao, sin duda
nada de conocimiento del hecho, por muchas razo-
nes, siendo la principal de todas ellas, que yo
quería ser el único responsable si no alcanzaba
el éxito que yo me proponía; porque, señores,
tengase entendido que la gravedad del asunto
estaba en que el éxito no correspondiera a mis
esperanzas, y mi grande amargura era esta.

¿Cómo había de sospechar que faltaba a la so-
beranía de las Cortes, que infringía la Constitu-
ción, que me estralimitaba? No lo soy siquiera.
Si lo hubiera sabido, no sé si yo hubiera hecho
el bien de mi patria; puede que lo hubiera hecho;
pero aseguro que no lo pensé. Yo tengo hasta
afición a arrostrar responsabilidad; no me acuerdo
de haber echado nunca a nadie la culpa de lo
que yo he hecho; y aunque alguno la haya teni-
do, me he callado su nombre.

Yo, señores, debo decir que no se lo dije a los
generales del ejército, que se han conducido de
una manera admirable con la patria, y con su ge-
neral; no se lo dije ni aun al auditor del ejército,
que era una persona competente en la mate-
ria; no se lo dije a las autoridades, ni lo supo
la diputación foral de Bilbao; mandé copia al
Gobierno, y tuve la desgracia de que no haya
llegado hasta hoy a Madrid. Conocía además la
mala impresión que había de producir en Bilbao,
porque los liberales de aquella ciudad eran pre-
sencia de la excitación que necesariamente había
de producir después de lo que allí ha sucedido, ex-
citación que no extraño tampoco; pero yo no
me podía inspirar en sentimientos de localidad,
cuando se trataba del bien de la nación española.

Yo no podía inspirarme por los sentimientos
de Bilbao, aun cuando nada me hubiera sido más
grato que estar enteramente conforme con nues-
tros correligionarios de aquella ciudad. ¿Qué res-
ponsabilidad más tremenda la para mí, señores di-
putados, que sujetar a esas cuestiones respec-
tadas, pero de localidad, el interés de la pa-
tría en general, a uno y a otro lado de los mar-
es, en todas partes, en todos los hemisferios, donde
toda la nación española tiene posesiones y pro-
vincias? ¡Desdichado el general que se inspire en
esos pequeños sentimientos! No hará nada nunca
que merezca la honra de que la patria le enal-
teza».

Yo declaro, señores, que la idea de que el éxito
no correspondiera a mis esperanzas me alarma-
ba. Pero debo decir para tranquilidad mía, y an-
tes que para tranquilidad mía, para tranquilidad
de los señores diputados, que el éxito ha corres-
pondido de tal manera, que en Vizcaya no hay
un solo faccioso armado; pues si hay alguna pe-
queña partida, será de mercedarios, será de la-
drones, no de carlistas.

Debo manifestar, antes de entrar en el exámen
del documento, que faltaría a mi deber, que fal-
taría a lo que me dicta mi conciencia, si no dijera
que el ministerio presidido por el Sr. Sagasta, y
particularmente, como jefe del ramo, el ministro
de la Guerra, han hecho esfuerzos tan extraordi-
narios para que la guerra se terminara, que no
necesité para nada de los últimos tres batallones
de cazadores que me enviaron, y cuya llegada
me sorprendió. Hasta tal punto la sido esforzado
lo que ha hecho el general Zavala en el ministe-
rio dignamente presidido por el Sr. Sagasta, para
llevar allí todos los medios de terminar la gue-
rra. Faltaría también a mi deber si no tributara
un merecido elogio al comportamiento de las tro-
pas. Hace tiempo que yo no llevaba esa vida agi-
tada del soldado, y ahora debo decir que las vir-
tudes que siempre se han reconocido en el sol-
dado español, las tiene hoy en el más alto grado.
Es, señores diputados, el soldado español, un
soldado admirable, un soldado modelo. La artile-
ría de campaña, la infantería y la poca caballe-
ría que he tenido a mis órdenes, no me han
dado el más pequeño disgusto, como he tenido el
honor de decir, y decía verdad, al despedirme de
los soldados.

Han hecho marchas extraordinarias, han su-
frido grandes privaciones, han habido días que
no hemos tenido que comer ninguno; se han hecho
jornadas extraordinarias en medio del lodo y de
la nieve, en caminos imposibles, y verdadera-
mente causaba admiración ver la manera como
se comportaba el soldado. La Guardia civil, los
carabineros, los miqueletas de Guipúzcoa y los
voluntarios de la libertad que me han acompa-
ñado, parecían hombres extraordinarios: nada
era para ellos demasiado; siempre se encontra-
ban en sus puestos, y no hay sacrificio, peligro
ni dificultad que encontraran superior a sus
fuerzas. En cuanto a los generales y jefes que
llevo, y que tuve el cuidado de elegir entre va-

rias procedencias, yo no habría a quien preferir y
a quién distinguir más. Todos se han conducido
admirablemente, y debo decir a los señores di-
putados que tienen un ejército del cual se puede
esperar mucho, que responderá siempre a los es-
fuerzos y a los sacrificios que de él se exijan.

Tengo en la mano el ya famoso documento,
redactado a calderería, por decirlo así, con la
bayoneta en la mano y teniendo la inmensa pe-
sadumbre de ver que se iba un ministerio a los
quince o veinte días de haber abierto unas Cor-
tes cuyas elecciones había hecho, y cuando no
estaba aun discutido el discurso de la corona.
Estos males y estas desgracias que pesan sobre
nosotros, es imposible sentirlos como se sienten
cuando se está en la guerra y cuando se tiene so-
bre sí una responsabilidad tan inmensa como la
que sobre mí pesaba.

Dice así el documento:
«Habiendo conferenciado con los Sres. D. Pau-
sto de Urquiza, D. Juan E. de Urquiza, que lo hacían
también en nombre del Sr. D. Antonio Arguin-
zoniz, miembro de la diputación a guerra del se-
ñorío de Vizcaya».

Lo primero que se ha censurado es que yo ha-
ya dicho que estos señores eran la diputación a
guerra, y acerca de esto voy a hacer una ligerí-
sima observación. Así se denominaban ellos, y no
podía hacer otra cosa que darles el nombre que
tenían. Podía haber puesto «diputación a guerra»
a guerra; pero no me acordé, no se me ocurrió;
y de todos modos, cuando está diputación admiti-
do el indulto, cuando recibía el perdón, ¿se la podía
considerar como legal? Además, yo había puesto
«diputación carlista», y esos señores pidieron
que se quitara ese nombre, y yo digo franca-
mente que el no querer llamarse diputación car-
lista fue una cosa que no me desagradó.

El artículo 1.º dice, hablando yo personal-
mente:
«1.º Indulto de toda pena a los que se han le-
vantado en armas en Vizcaya. Los entregados
podrán volver a sus casas, exentos de toda res-
ponsabilidad».

Y el segundo:
«2.º Quedan comprendidos en el indulto ex-
presado los miembros de la diputación a guerra,
sus empleados, dependientes y cualquiera otra
persona que haya ejercido autoridad, cargo o
funciones; o hubiera intervenido o contribuido
directa o indirectamente al alzamiento, aunque
hayan entrado en campaña procedentes de la
emigración».

Si yo hubiera reconocido esta diputación como
legítima, la hubiera indultado; ¿habría ella
admitido el perdón? Yo creo que es decisivo hablar
más acerca de este punto.

3.º Respecto a las exacciones de fondos pú-
blicos que pertenecían o se relacionaban con el se-
ñorío, las juntas generales de Guernica, que se
celebraban con arreglo a fuero, uso y costumbre,
resolverán lo que proceda».

Se trataba de que estos señores querían, y que-
rían razonablemente, que los gastos que habían
hecho de raciones, de algún dinero y algunos ca-
ballos que habían sacado para el servicio de los
facciosos, o de los carlistas, se les indemnizaran
por los medios establecidos en la provincia de
Vizcaya; y sin meterme yo a dar leyes ni a qui-
tar leyes, a hacer imposiciones al Gobierno ni a
establecer una jurisprudencia nueva o no nueva,
declaré que, con arreglo a los fueros, las juntas
reunidas en Guernica harían la manera de hac-
er este pago; pero no dije cuándo, ni cómo, ni en
qué ocasión, y, sobre todo, no me fue posible ni
permitido, ni me sería lícito, marcar la legalidad
o ilegalidad de esto. Por tanto, yo digo que cual-
quiera que sean mis opiniones particulares, que
cualesquiera que sean las influencias que yo
pueda tener con el Gobierno, nada tiene que ver
con el tratado. El tratado lo ha hecho el general
en jefe, el que en este momento tiene el honor de
dirigir la palabra al Congreso.

En punto a exacciones, aquí no hay prejuiza-
da ninguna cuestión; aquí no hay más que un
hecho practicado constantemente en la guerra
civil de los siete años. La manera de cobrar los
gastos que se hacen, se resuelve en Guernica;
porque hay que tener presente que la diputación
foral no es más que un cuerpo administrativo; no
es un cuerpo político, no tiene nada que ver con
la política; no hace más, que administrar la for-
tuna y la riqueza del país, y, por lo mismo, como
se trataba de dinero, la junta es la que lo tenía
que decidir, ¿y cómo? Según los usos y costum-
bres del país. Yo no he querido meterme de nin-
guna manera a establecer leyes ni a faltar a
ellas.

Vamos al art. 4.º, que es el que realmente está
mal redactado, y que se ha interpretado en un
sentido erróneo:

«4.º Indultados todos los que tienen las armas
en la mano y las entreguen, lo serán igualmente
los jefes, oficiales, si los hubiere, y las clases de
tropas que se hayan unido a las partidas, aunque
procedan de la emigración. Los jefes y oficiales
podrán volver a las filas del ejército en los em-
pleos que disfrutaban antes de unirse al levanta-
miento. Las clases de tropa quedan a disposición
del Gobierno, libres de las penas a que se hayan
hecho acreedores».

Esto necesita más explicación. He confesado ya
y repito, que la redacción no es clara; y ahora
debo añadir que no había un solo oficial del ejér-
cito que se hubiera pasado a los carlistas; no
hubo más que un comandante y un alférez que,
habiendo pertenecido al ejército hace mucho
tiempo, se habían ido a Francia emigrados, y
desde Francia habían entrado con las partidas
carlistas.

Además, este jefe y este oficial han podido acor-
darse a la amnistía de hace diez meses, a las am-
nistías anteriores, y ahora han podido ir a Fran-
cia; como en efecto se han ido, para acogerse
luego a la primera amnistía que venga, y que
estoy seguro pedirán pronto los señores dipu-
tados. Pues bien; considerando que no eran más
que dos personas, un comandante y un alférez;
considerando que procedían de la emigración;
considerando que habían podido acogerse a las
amnistías pasadas, y considerando que perte-
necían al primer batallón que iba a rendir las
armas, y saben los señores diputados que en
estos casos es importante el ejemplo, creí que
no había dificultad en concederles su empleo;
el Gobierno podrá o no utilizar al comandante;
podrá tenerle de reemplazo si lo cree conve-
niente; podrá darle el retiro si tiene la edad; po-
drá, en fin, hacer lo que la ley y la justicia re-
clamen; y en cuanto al alférez, pidió ir a Fili-
pinas.

Esto es, en totalidad, lo que el artículo contin-
e. Debo advertir que si ese batallón no hubiera
sido el primero en rendirse, no sé lo que hubiera
sucedido, con los conflictos que se temían y con

las diferentes opiniones que había entre los car-
listas. Ni un solo oficial del ejército, y siento to-
mar este nombre, se ha ido con los carlistas en
las Provincias Vascongadas y Navarra; ni tengo
noticia de que no haya sucedido lo mismo en la
España.

Están además comprendidos en la segunda
parte de ese artículo unos cuantos sargentos,
seis u ocho soldados y un cabo, a los cuales
no se les ha indultado de toda pena; y si hubie-
ran sido cogidos prisioneros, hubieran sufrido
la de ser pasados por las armas, e, a lo sumo,
se les hubiera conmutado esa pena por la inme-
diata. Pues bien; se les ha indultado, pero que-
daron a disposición del Gobierno, para que dis-
ponga de ellos en la forma que tenga por conve-
niente.

Los individuos a que me refiero son los si-
guientes: un sargento de las Navas, dos soldados,
un cabo primero y otro segundo de Cataluña, otro
soldado de otro cuerpo, y cuatro guardias
civiles; siendo de notar que la mayor parte de
esos individuos no han abandonado ahora sus
banderas; estaban emigrados, y han entrado en
España con las partidas carlistas.

Faltaría también a la justicia si no dijera que
los Sres. Urquiza, Orue, y los demás que com-
ponían esa junta llamada de guerra, han hecho
esfuerzos superiores a toda ponderación para que
todos despusieran las armas; esfuerzos tales, que
han podido lograr lo que no esperaba: yo no po-
dré nunca agradecer bastante los servicios que
en esta ocasión han prestado a su país y a la
patria.

Yo tenía medios para batir a las facciones en
todas partes; yo tenía medios de acabar con ellas
en quince días; pero esas gentes, los habitantes
de aquellas montañas, fuertes y robustos como
son, subdivididos en pequeñas columnas, ha-
brían dado después mucho que hacer a las tropas,
las cuales no habrían destruido con facilidad a
los pequeños pelotones de carlistas que habie-
ran podido formarse.

Yo bien sé que los propietarios de aquel país,
que son los que han producido este alzamiento,
tienen interés en que no quede aislado aquel
país, yo bien sé que al someterse obraban tal vez
estimulados por el interés sagrado de su mismo
hogar; pero sé también que las últimas partidas
que se hubieran formado habrían costado mucho
sangre, mucho dinero y mucho tiempo.

Además, señores, yo debo decir que me he in-
spirado algo en la conducta de los guerreros de la
antigüedad, que sabían mucho más de esto que
nosotros. El Sr. Castelar, al cual tengo que dar
las más expresivas gracias por las palabras bene-
volas que me dirigió el otro día, sabe perfecta-
mente lo que hizo el Gran Capitán cuando trató
con Gaeta. El Gran Capitán quería dejar salir li-
bremente a algunos jefes, a los cuales querían
sus segundos que se les hiciera prisioneros. De-
claró al Gran Capitán que aquellos jefes podían
hacer mucho daño; pero él contestó: «En política
y balas se gastaría más que lo que monta ese
peligro».

Y con estos hechos, los dejó salir libres. Tibe-
rio estuvo en no haber asegurado el imperio
por la prudencia que por la espada. Agrícola tu-
vo a gran gloria haber vencido a los britanos
sin derramar la sangre de los romanos; y Esci-
pion, el Africano, quería más conservar la san-
gre de sus ciudadanos que vencer a mil ene-
migos.

Podría hacer muchas citas de este género; pero
las que he hecho bastan para probar que en todos
tiempos, en todas circunstancias, el vencedor ha
sido magnánimo, ha sido generoso, y que solo
con una política de prudencia, que solo con una
política de moderación, que solo con una política
de transacción, digámoslo así, es como se han
consolidado los imperios, es como se han arran-
cado de cuajo todos los elementos de la guerra
civil. Una guerra civil terminada con sangre no
puede producir una paz duradera; y si yo he po-
dido contribuir, como lo he, a dar la paz a la
patria; y si yo he podido, logro sin haber em-
pleado un solo malvado, pues esos señores se
encargan de todos los gastos, hasta el flete de
un barco para llevar a los emigrados le han de
pagar de su bolsillo; si yo he conseguido que na-
da venga a gravar al Gobierno español, y que el
ejemplo de las partidas de Vizcaya sea seguido,
como yo creo que lo será, por las de otras pro-
vincias, no habrá motivo para que se me hagan
cargos de ningún género.

¿Qué se quería? ¿Que se exterminara a esos es-
pañoles? ¿Que se fueran excesivamente
severos con esos españoles más o menos alucina-
dos? Pues yo digo a los que eso piensen, que la
mayor parte de los insurrectos han ido a la gue-
rra contra su voluntad, pero decididos a pelear,
porque siguen siempre a sus curas y a sus seño-
res. Es necesario modificar las costumbres, va-
riar, si se quiere, la manera de ser de aquellas
gentes; pero no es exterminando como, se acaba
una lucha de esta naturaleza.

Señores diputados, con la mano puesta sobre
mi corazón, apelo a la lealtad que ninguno
puede negarme, porque yo tendré poca intelligen-
cia, pero nadie puede negarme la lealtad, ape-
lando a la lealtad que todos me reconocerán,
debo manifestar que yo creo que en lo que he he-
cho no he faltado en nada a la soberanía nacio-
nal, a la autoridad ni a las facultades de las
Cortes.

Yo creo que el general que puede dar bandos
imponiendo la pena de muerte, como yo he da-
do uno señalando tres días de plazo para que se
presentaran los facciosos; que el general que
puede penetrar en la casa de un ciudadano y ha-
cer todo lo que un general en jefe puede hacer
para llevar adelante la guerra; que el general
que puede pasar a cuchillo a esos mismos hom-
bres, que los encuentra en un campo o encerra-
dos en un punto o en una casa, que el general que
también perdona. ¿Por dónde se le ha de imponer
a un general la obligación de exterminar todo lo
que encuentre por delante? ¿Cómo es posible que
haya un hombre que de humano sea preciso, y
acpte este terrible compromiso? Yo de mí sé
que no lo aceptaría.

Debo decir más: los señores de esa «junta» re-
belde me propusieron que ese papel, que ese in-
dulto se enviara a las Cortes, y yo me opuse por
dos razones, una no tan elevada como la otra:
primera, porque el tiempo para mí era oro, y era
mi triunfo; y segunda, porque lo creía depresivo
de las Cortes, creía que era achicar al Parlamento
enviarle un papel para que lo aprobara, cuando
yo concebía que estaba en mis atribuciones
darlo. ¿Cómo, pues, había de enviar a las Cortes
una cosa tan pequeña, comparada con la gran-
deza y altura de este cuerpo?

Es más; yo crea que no debía enviarlo a las
Cortes, porque no se trataba más que de un in-
dulto, y de un indulto parcial. Los indultos ge-
nerales de que habla la Constitución, me parece

a mí que se refieren a una situación tranquila, en
que habiendo rebeldes y criminales, y estando
llenas las cárceles y los presidios, y estando otros
en la emigración, el rey viene aquí por medio de
sus ministros proponiendo una amnistía o un in-
dulto general, o las Cortes la acuerdan en virtud
de su iniciativa; pero cuando se trata de un país
donde no funciona la Constitución, ó al menos es-
tá cubierta con un velo muy tupido, y cuando se
trata de una sola provincia en pleno estado de
guerra, yo creo que ese caso no está comprendido
en el precepto constitucional, y hasta sería ab-
suelto que lo estuviera.

Pero si lo estuviera, si los señores diputados
creyeran que lo estaba, yo me resignaría ante su
fallo, y cualquiera que él sea, yo le respetaría;
los señores diputados estarán en su derecho de-
ciendo con arreglo a su conciencia; pero yo,
examinando el fondo de la mia, poniendo mis
ojos en la felicidad de mi patria, para quien he
querido conservar digna, honrada y decorosa-
mente toda la sangre de sus hijos, sin derramar-
la en una lucha fratricida, tendré la íntima satis-
facción de haber cumplido un alto y nobilísimo
deber. Hé dicho.

El señor PRESIDENTE: Se ha presentado so-
bre la mesa una proposición que se relaciona con
el debate que ha iniciado el Gobierno de S. M., y
en que ha tomado parte el señor duque de la
Torre; si los señores que han pedido la palabra
para hacer preguntas entienden que pueden ha-
cerlas después, se dará cuenta de la proposi-
ción.

Renunciada la palabra por el Sr. Pinedo, y en
vista de la aquiescencia de los demás que la ha-
bían pedido, se dió cuenta de la siguiente proposi-
ción:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que, o-
ídas las explicaciones del general en jefe del
ejército del Norte, se adhiera a las palabras pro-
nunciadas por el Gobierno de S. M., aprobando
su conducta, y ve con satisfacción ahogada en su
origen la guerra civil».

Palacio del Congreso 3 de Junio de 1872.—Pe-
dro Manuel de Acuña.—Manuel Alonso Martínez
—José María López.—José María Fernández de
la Hoz.—Antonio Arístegui.—Manuel Ortiz de
Pinedo.—Manuel Martínez Pérez.

El Sr. Acuña apoya esta proposición en un
breve discurso.

Se dió cuenta de la siguiente proposición:

Proposición incidental.

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que no
ha lugar a deliberar sobre la proposición que se
le ha sometido».

Palacio del Congreso, 3 de Junio de 1872.—Vi-
cente Romero Giron.—José Torres Mena.—C. M.
Somoalinos.—Abarzuza.—J. Fiol.—F. Moreno
Pola.—Manuel Fuentes Campos.

El Sr. Romero Giron pronuncia un breve dis-
curso en que viene a demostrar que el señor du-
que de la Torre no ha podido resolver por sí solo
ese tratado sin el consentimiento de las Cortes;
dice que lo que ha concedido el duque de la Torre
a los rebeldes no es indulto, no es amnistía,
no sabe lo que es, y añade que lo averigüe el
Gobierno.

Entra en el exámen de los primeros artículos
del convenio, y observa entre ellos y las explica-
ciones del Duque de la Torre algunas contra-
dicciones.

No encuentra equidad en el art. 4.º del conve-
nio, que perdona en absoluto a los facciosos, pero
castiga a los soldados, a los soldados, proceder que
reprobaba; pero al incompetente el que habla en la
materia, deja a la consideración del duque de la
Torre la conveniencia de las bases de este trata-
do, asegurando que pasan de 300 los jefes y ofi-
ciales, que han faltado a la revista de primero
de mes».

El señor ministro de Estado extraña que un
documento expedido desde el cuartel general el
24 del pasado, no haya llegado al Gobierno hasta
hoy por la mañana, mientras que una copia del
convenio expedida el 26 llegó aquel mismo día;
esta es una irregularidad que no comprende, que
debe averiguarse y lo averiguará.

Pretende probar que el señor duque de la Torre,
pudo y debió contratar con el enemigo sin el
consentimiento de las Cortes, porque así lo exige
su posición y el patriotismo.

Explica la redacción de uno de los artículos
del tratado, que, bien comprendido, equivale a
dec

alaba y en su ausencia la crítica y censura ágrima.

En la cuestión que se discute no puede decirse que haya habido vencedores ni vencidos; pero ha habido si diputados que han permanecido silenciosos hasta hoy, y diputados que han dicho francamente su opinión desde los primeros momentos. El señor duque de la Torre, cuando se hallaba en Vizcaya, encontraba censuras en algunos diputados de la mayoría: nosotros creíamos que la política de S. S., la política de benedictina y prudencia era una política acertada. ¿Cómo no habíamos de decirlo? La clemencia, como ha dicho el señor duque de la Torre, es una gran solución de las cuestiones políticas. Los republicanos y algunos amigos del señor duque de la Torre han sido los únicos que le han defendido; sus amigos por amistad, nosotros por consecuencia con nuestras doctrinas. El señor duque de la Torre ha hecho bien en apagar con la clemencia el incendio que había producido un Gobierno insensato.

¿Qué extraño es que searian los que contribuyeron a encender la hoguera?

Si el Gobierno anterior provocó las luchas, puso en labios del rey palabras inapropiadas cuya censura ha hecho cumplidamente el señor duque de la Torre con su conducta en Vizcaya, creyendo que debía seguir y siguiendo una política distinta de la que aquel Gobierno iniciaba; por eso hemos defendido a S. S., por eso le hemos disculpado.

Si el señor duque de la Torre en otras circunstancias se hubiera guiado por el espíritu de justicia que hoy le guía, no tendría que arrepentirse de ningún pecado. Si el señor duque de la Torre hubiera tenido esa clemencia con el partido progresista, no tendría que arrepentirse del 22 de Junio; y si esa misma conducta se hubiera seguido siempre, no se hubiera dado el caso (de ser conducido a la cárcel entre bayonetas y destituido ignominiosamente un ayuntamiento republicano legalmente constituido, y que había vencido con las armas en la mano a los generales del Gobierno). Pero ¿qué más? Hoy se concede un indulto, lo que yo aplaudo, lo que se han sublevado en armas contra lo existente; y los que habían sido amigos con el sufragio de sus conciudadanos, los que son diputados y representan la soberanía popular, se hallan sumidos en la cárcel por un supuesto delito de imprenta. (Contradicción inconcebible). El indulto representa la mano del señor duque de la Torre; la mano reaccionaria y arbitraria del Sr. Sagasta. ¿Será S. S.? Su risa y su alegría es la censura del señor duque de la Torre. Ciertamente que yo no aconsejé a los liberales que imiten la conducta de los carlistas, porque no se tendría con ellos la consideración que con estos.

Pero dejando a un lado estas consideraciones, lo cierto es que la mayoría se aborotó y esencialmente, perdió el tino el día en que se conoció el convenio de Amoreveta. Funcionario público hubo que pensó renunciar su destino; general hubo, y general importante, el cual anunció que antes rompería la espada que suscribir el documento; el convenio se firmó y la espada sigue intacta.

¿Quiere saber el señor duque de la Torre quién le defendía menos? Pues era el que ahora le elogia más: un periódico ministerial decía que si el convenio pudiera ser verdad, el ministerio presentaría su dimisión en masa; y según de público se decía, el Gobierno estaba al lado de ese periódico.

El presidente interino del Gobierno, siendo intérprete de las opiniones diversas de un ministerio dividido quiso guardar una preciosa reserva.

Pero el señor ministro de Estado, queriendo ser navegante más hábil, que el presidente interino del Consejo, quiso navegar más libremente, y picó las amarras, largándose a alta mar para conjurar los peligros y para poder tomar rumbo según soplara el viento, y nos dijo que el convenio había sido firmado antes de ser el general en jefe presidente del Consejo, y haciendo una separación completa entre estas dos entidades. Hoy, como la opinión ha cambiado y los vientos soplan de diverso cuadrante que el miércoles, ya se dice otra cosa, y yo me alegro, porque quiero ver sentado mañana en el banco azul al señor duque de la Torre, a pesar de comprender que va a acentuar cierta política; porque quiero mejor la política seriamente reaccionaria del señor duque de la Torre, que la política de arbitrariedad de su antecesor.

Y ya que el señor duque de la Torre nos ha traído al fin de su discurso algunas citas de la antigüedad, entre otras la de Tiberio, que no es buena cita, porque su tiempo fue tiempo de decadencia en Roma, fue como si dijéramos el tiempo del Sr. Sagasta en España. Yo, que al oír a S. S. recordaba también un cuadro de la antigüedad, voy también a presentarlo a la consideración del Congreso. Presenta Plutarco a un célebre general romano, que después de haber tratado con Aníbal un canje de prisioneros, convino en que los que faltaban se rescataban dando una suma de dinero. Aquel pacto produjo gran descontento en Roma; se habló mucho contra él, y el general, al llegar a la ciudad, marchó desde luego a la Asamblea popular, y allí dirigió un discurso al pueblo: todos, amigos y enemigos, le dieron, al ver su actitud enérgica, un voto de confianza; los que habían sido más languaraces fueron los más sumisos, y no solo aceptaron el canje de prisioneros, sino que le concedieron la suma necesaria para rescatar a los que no podían canjearse. Hoy el señor duque de la Torre me recordaba aquel general. Amigos y enemigos de la mayoría, los que ayer le disculpaban y los que le dirigían ágras censuras, se prestan a darle un voto de confianza; y como S. S. no pide dinero para acabar la guerra, también a la sombra de S. S. se votará el crédito supletorio del señor Sagasta para cubrir un famoso y desgraciado asunto. No solo se aprobará el convenio de Amoreveta, sino también el expediente de los dos millones.

El Sr. Ortiz de Pinedo pronuncia breves palabras.

El Sr. PI Y MARGALL: Señores diputados, el Sr. Ortiz de Pinedo, tomando en cuenta las palabras que ha pronunciado el Sr. Abazurza, cree que debemos votar la proposición. Yo no lo creo así. Nosotros podemos aplaudir la clemencia del señor duque de la Torre; pero podemos y debemos también censurar su conducta. No será yo quien repulse la clemencia en una lucha de este género, en que toda la sangre que se vierta es sangre española: entiendo también que no conviene ensañarse con los insurrectos en un país en que las circunstancias hacen que los partidos vivan en conspiración constante contra los Gobiernos, y estos en conspiración constante contra los partidos: y creo que la necesidad de no ensañarse es mayor que en nadie en el general Serrano, que por causas patrióticas en su concepto, sin duda alguna, se ha tenido que sublevar tantas veces; pero aquí concluye lo que nosotros debemos aprobar.

Uno de los mayores males de las monarquías hereditarias son las guerras de sucesión, guerras siempre feroces y sangrientas. A la muerte de Fernando VII estalló en España una de estas guerras, muy formidable, con grandes elementos, y que duró siete años. ¿Cómo concluyó aquella guerra? Por un convenio; de modo que el partido carlista no se creyó vencido; así es que ha vuelto a levantarse en 1841, en 1849, en 1855, en 1859 y en 1870. Hoy ha vuelto a levantarse más pujante que otras veces; y por culpa de quién? ¿Crees que esto ha sido por culpa de nuestra coalición? No; ha sido por la conducta de los partidos medios, que no teniendo princi-

plos fijos, que predicando en la oposición aquello mismo que temen para no perderlo cuando llegan al poder, dan aliento a las dos ideas opuestas que forman los polos de la política: la idea republicana y la idea carlista. Cuando este último partido había venido a la Cámara, en la cual hubiera perdido su importancia más que en ninguna parte, con vuestras coacciones, con vuestros desmanes le habéis lanzado al campo, y una vez en él, le habéis dado más fuerza con el convenio de Amoreveta. ¿Habrá de considerarse vencido el partido carlista con el convenio de Amoreveta, cuando no se consideró vencido con el convenio de Vergara?

Y no hay que decir que eso no es un convenio; lo es. El señor duque de la Torre lo ha confesado; S. S. se puso de acuerdo con los Sres. Urquiza, Orús y Arguinzoniz, y no solo con ellos, sino con la provincia de Vizcaya, que es la que ha de decidir sobre las exacciones hechas por las partidas carlistas. Si ese documento no es un convenio, ¿con qué derecho se obligará a la diputación foral de Vizcaya a deliberar sobre esas exacciones? No; esto no es creíble: sin duda alguna hay un lapso de ese documento firmado por la diputación foral de Vizcaya; por eso está ha aceptado el convenio, y en virtud de él ha dicho a los vizcaínos que las cosas se arreglarán de modo que Vizcaya quedará satisfecha: es decir, que hay algo más pactado de lo que sabemos aquí; que debe haber algún otro tratado secreto, del cual no tiene el Congreso conocimiento.

Y es posible, señores, que un convenio de este género haya sido firmado por un general español? El convenio de Vergara venía después de siete años de guerra con variada suerte de las armas, cuando el Pretendiente tenía un ejército formidable y aguerrido, y con él había atravesado todo Aragón y llegado hasta Cataluña; pero ahora, cuando las facciones no estaban bien organizadas, cuando no habían hecho más que huir, según los partes del Gobierno, ¿cómo se comprende que un general español, no solo acepte, sino que proponga el mismo convenio de esa naturaleza? ¿Cómo se comprende esto en quien no ha querido jamás tratar con los insurrectos de Cuba?

Ese convenio, señores, es muy grave, no precisamente por el indulto, ni por el reconocimiento de grados ni por las faltas de legalidad que contiene, sino porque se ha reconocido que las Provincias Vascongadas, todas estaban por don Carlos. ¿Qué otra cosa quiere decir, si no, que de las exacciones no tratan los insurrectos, sino las mismas Provincias Vascongadas? ¿Qué importancia queréis que alcance allí el elemento liberal si da tanta importancia al elemento carlista? ¿Qué significa, por otra parte, que el general Serrano haya hecho una negociación de este género sin contar siquiera con el Gobierno? Se dice que tenía facultades extraordinarias; pero ¿podía tener más facultades que el Gobierno mismo? ¿Podía conceder una amnistía, cuando estaban abiertas las Cortes y sin contar con ellas?

Dice S. S. que no se le ocurrió siquiera que podía faltar a la Constitución, porque entiende poco de leyes. ¿Triste confesión, señores, en un hombre que ha sido presidente del Consejo de ministros, regente del Reino y autor de la Constitución que hoy rige!

Pero ¿qué carácter tiene este indulto? ¿Es un indulto particular? Pues ha debido oírse, con arreglo a las leyes, a los tribunales que hubieran juzgado a los reos, o en un caso como este, por lo menos al consejo de Estado. ¿Es un indulto general? Pues debieron dar a las Cortes. No habiendo oído ni a las Cortes ni al consejo de Estado, se ha faltado escandalosamente a la ley. ¿Aquí por qué nosotros no podemos dar este voto de confianza al general Serrano?

El Sr. Abazurza os ha hablado del cambio que ha tenido la opinión en estos días, y este cambio es indudable; pero ¿habéis observado cómo hablan los carlistas después del convenio? Pues permitidme que os lea unos trozos que contiene la proclama que el Sr. Arguinzoniz ha dirigido a los voluntarios de D. Carlos estando en Vizcaya el general en jefe.

«Guiados por un sentimiento noble y levantado para los que así pensamos, os agrupasteis hace un mes en torno de la bandera de religión y fe, y vivíais en paz y unión. El extranjero! El país respondió solícito enviándoos a nuestras filas, y muy pronto formásteis un ejército, si corto por el número, respetable por la lealtad y el arrojo que os inflamaba.

Masas recién armadas, sin instrucción, sin conocimientos militares, demostrásteis en Gueñes, Carranza, Zubiate, Arrigorriaga, Matagorda y Oñate, que los buenos voluntarios vizcaínos saben cumplir a los mejores soldados del mundo por su valor, por su aplomo y por su virilidad en la lucha.»

Así, señores, podrían hablar los franceses después de su armisticio con Prusia, ó los austriacos después de la paz de Solferino. Pero ¿qué os importa a vosotros eso? El objeto era sostener en el poder al partido conservador, y bien habéis comprendido que, derrotado aquí el señor duque de la Torre, os ibais todos detrás de él. Y sin embargo, ¿para qué queréis el poder? Para continuar en la cuestión de Hacienda el rutinario y desastroso camino que tomó el primer ministro de la revolución, y que ha de conducirnos fatalmente a tal situación económica, que necesite resolverse por medio de la lucha entre las dos tendencias extremas que cada día toman más cuerpo, y entre las cuales, al fin y al cabo, ha de optar el país: la república, y el absolutismo.

El señor duque de la Torre: Habiendo leído la palabra del Sr. Alonso Martínez y el Sr. López Domínguez, voy a dirigir mi pocas palabras recibiendo algún concepto del Sr. Pi y Margall.

En primer lugar el documento es un indulto; amparo diciendo que perdono a aquellos delincuentes; y si he tratado con ellos, ha sido por venir a términos de avenencia; pero ha sido un perdón, un indulto, lo que se les ha concedido.

La alusión del Sr. Arguinzoniz me era conocida; creo que lo que dice el ejército carlista es hiperbólico; pero al publicar esa alusión en un punto como Madrid, que no estaba en estado de guerra, ha usado de su derecho y de la libertad de imprenta.

Por lo demás, yo creo haber hecho un grandísimo daño a los carlistas con el convenio de Amoreveta. ¿Sabe el Sr. Pi y Margall lo que dice el conde de Valdespina al conde de Villafraña de Gaitan acerca de ese convenio? Pues le decía que era el mayor descalabro que hace muchos años había sufrido su causa.

El Sr. BECERRA: Señor presidente, pido que se lean los artículos 1.º y 2.º del convenio de Amoreveta, y los artículos 70, 73 y párrafo quinto del 74 de la Constitución del Estado. (Se leyeron.)

El señor PRESIDENTE: Están para concluir las horas de reglamento. Como el Congreso está abocado a debates interesantes y urgentes, creo interpretar su sentimiento mandando hacer la pregunta de si se prorrogará la sesión.

Hecha la pregunta, el Congreso acordó afirmativamente.

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Sagasta para una alusión personal.

El Sr. Sagasta se defiende de la acusación de haber promovido el alzamiento con sus arbitrariedades y dice:

El primero, el que más corresponde al general en jefe, conseguido; el segundo pertenece también a los Gobiernos; al duque de la Torre, que va a encargarse ahora del ministerio, procurará que se consiga ese segundo fin, que los deberes de los Gobiernos no pueden eludirse ni aún por los sentimientos magnánimos y generosos que tanto honran al individuo.

Del Gobierno y de nosotros depende que ese partido, siempre vencido y nunca resaca, se resigne o desaparezca; tenga, pues; el Gobierno valor para proponer, y nosotros para aprobar, todas las medidas que tiendan a hacer pesar los sacrificios de la guerra sobre los que periódicamente la promueven, y levantando el espíritu liberal, sobre todo en aquellas provincias, reducir a la impotencia a esos malos españoles, que a cambio de la libertad que España entera les concede quieren para la España entera el absolutismo, obligándola a inmensos sacrificios.

¡Basta ya! Un país no puede vivir con una sublevación cada año, y cuantas energías medidas adopte el Gobierno están sobradamente justificadas.

El Sr. ABARZURZA: Dice el Sr. Sagasta que el partido carlista tenía el proyecto concebido de rebelarse; y yo creo que tenía este proyecto desde el momento que votó a S. S. para presidente de la Cámara.

La arbitrariedad de S. S. ha hecho que crezca el partido absolutista. Es cierto: su exagerado fanatismo religioso; pero yo respetaría más el fanatismo religioso que vuestro excepticismo monárquico; y lo repito, no me extraña que los fanáticos se muestren más propicios a creer en la infalibilidad del Papa que en la infalibilidad del rey.

El señor PRESIDENTE: V. S. está rectificando; y no puedo permitir alusiones atentatorias a la dignidad real.

El Sr. ABARZURZA: Señor presidente, yo respetaría más la infalibilidad del Papa que la del rey.

El señor PRESIDENTE: Puede V. S. respetar todas las infalibilidades que quiera; pero no atacar a la dignidad real. (Momentos de confusión.) Señor diputado, respete V. S. al presidente. Llamo a V. S. por primera vez al orden.

El Sr. ABARZURZA: No puedo decir nada, es verdad; pero puedo decir que si fuera monárquico, respetaría más al nieto de Carlos V, que al nieto de Carlos el Percec.

Rectifica el Sr. Pi y Margall.

El Sr. Alonso Martínez consume el segundo turno en pró, y demuestra, bajo el punto de vista legal, lo completamente autorizado que estaba el duque de la Torre para conceder indultos generales.

El Sr. BECERRA: Suplico al señor presidente que, atendida la importancia de la cuestión que me propongo analizar con la mayor calma que me sea posible, se sirva suspender la discusión hasta mañana.

El señor PRESIDENTE: No me es posible acceder al suplico de V. S. Lo siento; pero habiendo acordado el Congreso prorogar indefinidamente la sesión con objeto sin duda alguna de que quede terminado este debate, no puedo suspenderlo.

El Sr. BECERRA: La cuestión que nos ocupa importa al país y a la ley, porque no puede haber libertad ni derecho si la ley no se cumple.

¿Qué se trata de averiguar? Primero, si era conveniente ese tratado. Segundo, si al llevarlo a cabo se ha extralimitado el general en jefe de las facultades que la Constitución concede al poder ejecutivo.

El convenio de Amoreveta es un tratado ó es un indulto. Si lo primero, reconozco a los carlistas como beligerantes; si lo segundo, ó es un indulto general ó particular.

Se dice que en el convenio no se hace más que dejar a la diputación de Vizcaya que arregle la manera de cubrir los gastos de guerra. Pero el artículo del convenio lo que dice es que las juntas de Guernica determinarán lo que procede según fueren, uso y costumbre, de lo cual se desprende que pueden crear que no procede pagar nada, ó que procede pagar los gastos de guerra por igual entre todos los habitantes de la provincia, y puede resultar que los liberales paguen la indemnización de una guerra que han hecho los carlistas.

Pero ¿era conveniente el convenio? La clemencia es plausible, señores diputados; pero a veces un golpe de energía evita mayores males para el sucesivo. Y si esa energía hace falta para acabar con los privilegios de unas provincias que lastiman los de las demás, dígame el Gobierno con franqueza y tendrá a todos los partidos a su lado; yo de mí sé decir que antes que democrata y hombre de partido soy español.

Los señores diputados ven que voy tratando brevemente todas las cuestiones.

De manera, señores, que si hubiera una guerra extranjera, el general en jefe podría hacer la paz, pero la traería luego aquí a que se aprobara ó no se aprobara; y en caso de una insurrección, no cabe por parte de los insurrectos otra conducta que rendirse a discreción.

Contra el estado de la Cámara y no quiero continuar, concluyendo por pedir a la Cámara que no apruebe esta proposición, que necesita para resolverse una meditación mucho mayor, si no queremos proceder de ligero en un asunto de gravedad suma.

El Sr. LOPEZ DOMÍNGUEZ: Señores diputados, siento vuestra impaciencia y lamento llegar tan tarde a la discusión: he vacilado en pedir la palabra durante mucho tiempo y no lo he hecho sino después de oír cargos graves que se desprendían a mi entender de ciertas frases, quizá intencionadas, de los Sres. Romero Giron y Pi y Margall; y acaso la hubiera renunciado ahora por lo avanzado de la hora y por el cansancio de la Cámara si no creyera que en algunas palabras del Sr. Becerra había la misma intención que en las de aquellos señores.

Ya se ha pintado aquí elocuentemente la situación del general en jefe al tomar el mando de las exiguas fuerzas que se podían poner a su disposición.

Se inició, señores diputados, la campaña en Navarra, donde por espíritu religioso, por fanatismo ó por otras causas la insurrección se presentaba formidable; y gracias a las acertadas disposiciones del general en jefe, que dirigió sus pocos batallones sobre el grueso de la facción sin dejarla descansar, en Orreaga el ejército carlista fue vencido, y no hay nadie que pueda dudar que aquel triunfo sofocó la ya grave insurrección navarra por la rota del pretendiente. Déjense al general Moriones ocho batallones y una batería en aquella provincia, y se marchó sobre Vizcaya, donde las facciones se habían reconcentrado contra Durango y Zorniza, suponiéndose las fuerzas de 10,000 hombres bien armados, organizados y hasta fortificados.

La facción no esperó en Durango a dos divisiones que se reunieron en Zumárraga y que marcharon combinadamente sobre aquel punto, y fue preciso buscarla en dos columnas, hacia Zorniza una, y otra hacia Manaria, puntos en que se la suponía. En Manaria se venció valerosamente; y el ejército carlista, vencido, fatigado y mal racionado, se dirigió a Guipúzcoa, buscando un punto importante donde al menos encontrar medios de racionarse. Por eso apareció en las cercanías de Oñate, donde se encontró con el batallón de Mandagorria, que, persiguiendo a una facción de 400 a 600 hombres, tuvo que resistir, como lo hizo heroicamente, el empuje de 5,000 hombres. Con noticia de la situación apurada de aquel batallón, las dos divisiones del ejército del Norte marcharon sobre Oñate, y una brigada del general Moriones, tan a tiempo, que el enemigo se vio envuelto por Alsásua, Oñate,

Mondragón y Arechavaleta, teniendo que aprovechar la oscuridad de la noche, sin raciones, por senderos casi intrasitables, para hacer una marcha de 19 horas y caer en los desfiladeros que conducen al valle de Orozco en Vizcaya. Entonces empezó la desmoralización y las presentaciones a indulto.

El general en jefe ordenó a sus tropas contra-marchar a Vizcaya, unas por Alava y otras por Guipúzcoa, situándolas de modo que podía batir y desorganizar a la facción con toda seguridad; y en este momento se presentaron esos señores, que algunos han querido llamar al Gobierno de D. Carlos, a saber las condiciones con que podrían acogerse a los indultos que ya se habían publicado en Estella y Vitoria por bandos, sin que nadie hubiera dicho ni en la prensa se hubiera estampado el que se faltaba a la Constitución.

Se extrañaba el Sr. Pi que durante las negociaciones no se consultara al Gobierno. Sepa S. S. que cuando el 23 por la noche se acercaban aquellos señores a pedir el indulto, se recibía un telegrama cifrado anunciando la crisis del ministerio, y que el monarca llamaba a conferenciar al señor general en jefe a Bilbao, en la estación telegráfica.

Concluyo, señores diputados, rogándoos me dispenséis si yo no me hago cargo de otros argumentos del Sr. Becerra, que en mi concepto contestó el Sr. Alonso Martínez, y dándoos gracias por la benevolencia con que os habéis servido escucharme.

Rectifico el Sr. Becerra.

Puesta a votación la proposición del Sr. Ocaña, fué aprobada nominalmente por 140 votos contra 22.

Se levantó la sesión.

Eran las nueve.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 4 DE JUNIO DE 1872.

GANAMOS.

Entre las guerras dinásticas de otro tiempo y las que se sostienen en el nuestro, hay una diferencia esencial, en que de seguro se habrán fijado ya muchos de nuestros lectores. En aquellas se trataba meramente de un derecho legal, dudoso por falta de documentos con que probarlo ó negado por la ambición de una de las partes, el cual, no pudiendo ser juzgado por su naturaleza en los tribunales ordinarios, era llevado al jurado público de la nación y sentenciado por la victoria en el campo de batalla. Ahora no faltan personas que atienden todavía principalmente a ese derecho; pero las más, la inmensa muchedumbre da preferencia a las ideas, a la moralidad y a la religión que cada bando representa; pudiéndose decir que tanto ó más que los derechos de una persona, se ventilan la forma de gobierno, la religión, las bases fundamentales de la sociedad y la manera de ser que a ésta se haya de imprimir.

Tal diferencia en los motivos de la guerra, lleva consigo otra muy importante en el modo de apreciar sus resultados; porque antes toda derrota material era una verdadera pérdida difícil de reparar, y al concluir los combates de los cañones, la parte derrotada en ellos había de renunciar para siempre a sus pretensiones más ó menos legítimas, quedando la parte vencedora asegurada en la posesión por el triunfo.

En las guerras de nuestro tiempo no sucede así. Habiendo dos elementos de lucha, es posible que el uno gane perdiendo el otro, y que una derrota material lleve consigo una victoria moral mucho más importante; pues la bondad de los principios que se defienden, la rectitud de las intenciones que guían a los combatientes, la moralidad de los partidos y lo que la religión, el orden y la paz pública pueden esperar de ellos, acaso se ve mejor en una adversidad pasajera que en la prosperidad continuada por mucho tiempo.

En este sentido nadie puede negar que desde el año 39, en que una gran traición derrotó en Vergara al partido carlista, este ha estado ganando año por año y día por día.

Treinta años de gobierno liberal pacífico en que turnaron en el mando el partido progresista despojando a la Iglesia y persiguiendo descaradamente a las instituciones católicas, y el partido moderado sancionando las leyes progresistas y arrovechándose de los despojos, en que los unos rompían las relaciones de España con la Iglesia y los otros acudían hipocritamente a restablecerlas para abusar de la concordia, exigiendo el cumplimiento de lo que les era favorable y no haciendo lo que a ellos les incumbía cumplir, manifestaron claramente que la religión y la legitimidad en su más general sentido nada pueden esperar del liberalismo. Muchos españoles que en la anterior guerra civil lo habían defendido de buena fe, fiaron en las promesas moderadas, confesándose pesados del concurso que les habían prestado, y la generación católica, libre de compromisos contrarios, alejándose cada vez más del campo liberal.

La desamortización desatentada de 1841, los proyectos de cisma de 1842 y la felonía de 1844, y la repetición de estas cosas en 1855 y 1856, fueron más ventajosas para la España antigua que media docena de victorias campales. A lo cual se puede juntar la conducta tan diversa de los emigrados carlistas que soportaban con digna resignación los trabajos de su suerte, trabajando en el comercio ó en las carreteras para ganarse lo necesario a la vida, y la que observaban los emigrados liberales viviendo generalmente a costa de la nación contra cuya tranquilidad no cesaban un instante de conspirar.

Así se vió con sorpresa de todos que al llegar la crisis liberal de 1868, donña Isabel II, sentada y sostenida en el trono con tantas traiciones y tanta sangre derramada, no tenía un solo defensor de corazón, ni podía contar con un hombre de tantos como había nombrado caballeros. Y por el contrario, a D. Carlos que no había tenido ocasión de conceder un solo favor, a quien nadie debía nada particularmente, le bastó anunciarse como representante de los principios católicos y de las tradiciones anti-liberales, para que le manifestasen sus simpatías no solo los antiguos servidores de su augusto abuelo, sino muchísimos hombres de los que le habían perseguido.

Los hechos ahí están. Nosotros los hemos visto, y la historia cuida de registrarlos en su archivo para que los conozcan las generaciones venideras.

El partido legitimista ha tenido escritores

que redactasen y lectores que satisficieran el coste de más periódicos y folletos que ningún otro partido; ha encontrado hasta en poblaciones en que antes no había un carlista, hombres de arraigo que no han titubeado en ponerse al frente de sus correligionarios (según ahora se dice) arrojando los peligros y las iras de sus adversarios, para trabajar legalmente por el triunfo de sus ideas; ha traído a las Cortes un grupo de diputados y senadores, respetable por su número y por las condiciones de las personas, en cuyo arbitrio ha estado, si no el formar gobierno propio, el elegir entre los gobiernos liberales ó el no dejar subsistir ninguno.

¿Quién habría creído en 1840 que todo esto había de suceder? ¿quién podía pensar en 1868? Y ¿no ha ganado; y ganado mucho un partido que se creía muerto y se presenta casi repentinamente tan rico de fuerzas y rebosando de vida? ¿quién cuenta como amigos a los que eran sus contrarios y tiene valientes defensores en puntos en que ninguno había?

Pero, acaso se nos dirá, siendo tanta la fuerza tradicionalista, ¿por qué no ha triunfado alguna de las veces que antes de ahora ha salido al campo?

Varias respuestas podríamos dar a esta pregunta, si fuese nuestro objeto decir en el presente artículo por qué la España tradicional, la verdadera España, no ha barrido de su suelo eso que no hemos de pintar nosotros, porque los representantes mismos del liberalismo lo pintan de mano maestra en las Cortes; pero nuestro objeto se limita a consignar que hasta en esos movimientos, años atrás sofocados por el Gobierno, han ganado mucho la legitimidad y la tradición.

El pueblo, que juzga por los hechos más que por teorías, se va siempre a donde ve la honradez, la virtud, la consecuencia y la armonía entre los principios abstractos y las obras prácticas: un seductor insidioso y elocuente puede engañar por algún tiempo a un pueblo honrado; pero cuando este descubre el engaño, cuando vea que a las palabras no acompañan los hechos, abandonará al sofista con enojo ó con desprecio. Y los hechos que han tenido lugar a la vista de todos en esas expediciones, en sus resultados inmediatos desgraciados, han sido de una grande enseñanza para el honrado pueblo español. Fijémosnos en un solo hecho.

En 1869, un hombre honradísimo, respetado de cuantos le conocían, a quien sus paisanos habían confiado hacia poco tiempo los intereses públicos, de posición holgada, que no permitía sospechar que buscase en la guerra ningún medio personal, abandonó su familia y sus comodidades para recorrer los pueblos propagando y defendiendo la idea tradicionalista. Ese hombre podía salvar su vida, quitándole a muchos de sus enemigos; pero tuvo por inconveniente derramar sangre: caído en manos de sus contrarios, fué muerto sin forma de juicio. Las palabras que escribió en sus últimos momentos, leídas cuando ya su cadáver reposaba debajo de tierra, eran el testamento de un verdadero cristiano, la despedida de un español hidalgo, recto y pundonoroso. Por el mismo tiempo un jefe liberal encontraba algunos hombres y un niño entre los matorrales de Montealegre, y los hacía fustigar sin atender a la inocencia de un niño, ni a la inculpabilidad de un fúto, ni a los gritos de ¡Confesión! de unos cristianos, y el jefe recibía a los pocos días un ascenso en su carrera.

¿Cómo el pueblo que ve todo esto y juzga con desapasionado criterio no ha de tener simpatías por el partido en que figuran hombres como Balanzategui, y no se ha de apartar de los partidos que dan a Casals las distinciones creadas por el mérito y la virtud?

¿Cuánto habrán contribuido estos y otros semejantes sucesos a disipar tinieblas, a quitar preocupaciones y a modificar la opinión pública, es difícil de calcular; pero no puede dudarse de que ha sido mucho, pues nuestros mayores adversarios lo atestiguan. *Hombres honrados* llamaban Figuerola y Echegaray a los carlistas en Valencia antes de las últimas elecciones; *El Imparcial* decía al principio de la actual lucha que es un consuelo en el estado actual de las ideas ver que hay hombres que se dejan llevar de algo moral, de una cosa más elevada que las que mueven a la sociedad moderna; y los jefes que han ido a hacer la guerra en las provincias, y los liberales de las poblaciones que son teatro de ella, hacen de los carlistas un elogio que nosotros no nos atreveríamos a hacer.

Tales ejemplos no pueden ser perdidos para un pueblo como el español, siempre entusiasta por todo lo que presenta carácter de moralidad y de grandeza.

Poco importa que se pierda una batalla, que una partida se disperse, ni que haya un cobardía ó un traidor. La victoria moral sigue a quien la merece, y tarde ó temprano la opinión, ilustrada y corregida, se impone a los partidos de artificio, el derecho recobra su imperio, y la sociedad, que quiere vivir, llama a los únicos de quienes espera la salvación y la vida.

Compárese la disposición de los pueblos entre 1869 y 1872, y dígame si no debemos esperar que la nación entera, para un porvenir próximo, proclame como únicos salvadores los principios inscritos en nuestra bandera.

SUBLEVACION CARLISTA.

Los periódicos de anoche dan las siguientes noticias:

La Correspondencia.

«El general en jefe, que se hallaba en Alsásua, ha salido al amanecer de hoy para Navarra, en donde entrará por el puerto de Olazagutia, mientras Primo de Rivera lo hace por el de Lizarraga, para cortar la retirada a la facción Carras.

«Esta mañana han llegado a Vitoria los cincuenta y tres prisioneros hechos por los cazadores de Barbastro a la facción Cubillas.

«El cabecilla Chiscano ha entrado hoy en Trujillo, quedando a disposición del juzgado.

«A las cinco de esta madrugada han salido de Pamplona en tren especial escoltados por fuerzas del regimiento de Sevilla, los 143 prisioneros que había en aquella plaza, en la que quedaban diez enfermos en el hospital, siete sumariados como desertores del ejército y dos pendientes de resolución por haber hecho constar que eran bajadores forzados.

«Las cuatro compañías del batallón tiradores

de Madrid, han recibido órdenes de estar preparadas para salir a Cataluña.

—El capitán general de Cataluña ha sido autorizado para disponer la movilización de voluntarios.

La Regeneración:
—También nos dicen de Ciudad-Real, que se han reunido últimamente las partidas de Bermúdez y Multa, y que las tropas se cansaban en perseguirlas inútilmente, pues con la gran protección que presta el país a los carlistas, jamás son sorprendidos.

—Hemos recibido noticias fidedignas de la provincia de Ciudad-Real, referentes a las fuerzas carlistas que vagan por aquella provincia. Don Francisco Multa con 85 ginetes y 20 infantes, desde Úbeda fué a Puerto-Lapiche y luego a Villarrubia de los Ojos, donde se racionaron, y de allí se dirigieron a Fuente del Fresno.

En las inmediaciones encontraron una escasa fuerza de ejército que les hizo algunos disparos, pero no se atrevió a atacarlos; esto, sin embargo, ha bastado para que en el *Boletín* de la provincia se anunciase la derrota y dispersión de la partida.

En Malagon estuvo otra partida de 150 hombres, a la que salieron a perseguir fuerzas del ejército. Entraron en la población por distintos lados, y como ya ha sucedido en otros puntos, tomaron por enemigos y se estuvieron haciendo fuego un rato, que bastó para que saliera herido un teniente y cinco o seis soldados. Los carlistas habían desaparecido.

Todas las noticias están contestes en asegurar que las partidas aumentan aunque paulatinamente; pero aseguran que recibirán nuevo impulso con haberse encargado del mando un acreditado general que en la guerra civil se distinguió mucho, y que está allí desde hace pocos días.

La Esperanza:

De Manresa nos escriben, entre otras cosas, con fecha 29 de Mayo:

«El liberalismo es la convulsión de la agonía, hace un esfuerzo febril para prolongar si puede un día más su vida. La autoridad militar de este Principado, ha dado una providencia, con el fin de acabar con las fuerzas carlistas de la provincia de Barcelona; y como se considera impotente para ello, se vale del medio más impropio, como es, el de un somaten general, comprometiendo así la personalidad e intereses de los pacíficos habitantes. Usted sabrá que en la Montaña central de Cataluña hay un somaten organizado en forma, que comprará un total de 2,300 hombres, y que a más de sus sabios, hay una junta organizadora compuesta de la nata y flor de los propietarios de la Montaña.

Pues bien: a fin de comprometer a este cuerpo tan distinguido, fué llamada dicha junta por la autoridad para el fin expresado; y habiéndose aquella negado rotundamente, se han valido de otro medio, que ha encontrado las mismas dificultades, y es el siguiente: anteayer, 27, fueron llamados en determinados puntos los cabos de las localidades que componen ese gran cuerpo. Yo no le diré lo que pasó en los demás puntos donde se reunieron; sólo lo que pasó en esta de Manresa.

Abierta la sesión bajo la presidencia del señor Mola y Martínez, coronel y periodista, este expuso la necesidad que había de levantar un somaten, por serles imposible a las tropas del ejército acabar con las partidas carlistas, como a él le constaba, por andar en su persecución.

Como había hombres en la reunión de aquellos que llamamos de *pelo en pecho*, expusieron con toda la energía que aquello era obrar despóticamente y que era comprometer sus personas e intereses, a lo que contestó Mola amenazándoles de ser juzgados militarmente si no dejaban de cumplir. Esto no es decir que entonces todos se retiraron, diciéndole a fuer de catalanes, que quisiera por obra lo que parlaba. De cuarenta y ocho cabos que componían la reunión, los cuarenta y cinco fueron de oposición. Las consecuencias de este proceder ya las tocará el señor Mola y Martínez si lleva adelante su propósito.

El Universal:

«Se ha dicho que desde el día 26 tiene Cabrera la dirección de la guerra y el mando de todas las fuerzas carlistas puestas en armas.

El levantamiento de partidas en el reino de Valencia da verosimilitud a esta noticia.

—Anteayer comenzó el levantamiento en el reino de Valencia. Si los pueblos del Maestrazgo donde hay gran agitación lo secundan, el Gobierno se verá tan apurado como estaba antes del convenio de Amorevieta.

El general en jefe del Norte, señor Echagüe, así como el brigadier Primo de Rivera con las fuerzas de su mando, han pasado hoy a Navarra en persecución de las facciones que allí toman nuevo aliento.

El Diario del Pueblo:
«Continúan los rumores alarmantes en Valencia con referencia a la aparición de partidas carlistas en la provincia, a las que se da alguna importancia, pues se dice que la de Burjassot, que se ha corrido a Betera, contará con 600 hombres perfectamente armados y equipados.

—Algun periódico ha supuesto que tardará en ocurrir un determinado suceso que se relaciona con la llegada a cierta capital de determinado personaje, y que ha de combinarse con un acontecimiento que ha de ocurrir en la nación vecina. Todo es posible, pero no creemos que haya nada que indique que sea cierto.

La Epoca publica dos cartas, de Zumárraga una, de Vitoria la otra. La primera dice:

«Ahí no saben, me decía anoche un jefe militar que no será sospechoso a los radicales, —el brigadier Palacios, en una palabra: en Madrid no saben que hemos deshecho en Vizcaya un ejército de muchos miles de hombres; no saben que tenemos lo menos (textual) para cuatro años, sin más que los carlistas siguieran esquivando los encuentros. Lo sabe si, aun estando apartada desconocida, el partido liberal de aquí, y por eso es más censurable que el de Madrid, al inaugurar el período de acriminaciones en que se ha entrado.

En la segunda leemos:

«Yo no sé bien lo que pasa, pero me parece que liberales y carlistas han perdido el juicio: veo a los primeros furiosos y desesperados, porque se creen superados a los segundos, y porque extrañan que un ejército numeroso haya tratado sin combatir, en Bilbao, Tolosa y San Sebastián, gran disgusto: en Vitoria ha estado a punto de hacer dimisión el ayuntamiento.

Los carlistas por su parte no están menos encolerizados. Cuando se supo la entrada de Calle, en cuya partida había muchos vitorianos, salió un pelotón de mujeres que gritaban desahogadoamente en Aramayona contra Calle, y le hubieran ahogado si le encuentran. Con estos los mozos se fueron a otras facciones, y hoy estamos más abajo de Gorbasa.

Dice El Imparcial:

«Los amigos íntimos del general Serrano aseguran que este tiene en su poder documentos graves, cuya publicación no sería satisfactoria para muchos de los hombres que apoyan la situación, y que recientemente han ocupado elevados puestos.

Por lo que hemos podido comprender, dichos documentos se refieren a la insurrección carlista cuando esta empezó a manifestarse.

Los siguientes párrafos son de *La Tertulia*:

«Según cartas de Andalucía que acabamos de ver, se aseguraba que en Castro del Río (Córdoba) había una partida de 600 carlistas, mandada por un sugeto conocido por el *niño Arjona*.

También se asegura que de Lucena, Cabra y Priego, se han ido muchos a las partidas que hay en la provincia, y que en Santipalacio (Jaén) hay otra partida.

Señor duque: haga V. E. el favor de ir por Andalucía a establecer su famoso *triángulo*, como preliminar de otro convenio semejante al de Amorevieta.

—Y siguen saliendo tropas para el teatro de la insurrección carlista, y preparándose algunas más para salir a campaña, a pesar del convenio de Amorevieta, que según la proposición votada ayer por la mayoría del Congreso, ha ahogado en su origen la guerra civil.

Ayer se ha dado orden para que estén dispuestas a marchar a la guerra las cuatro compañías de tiradores de Madrid con su segundo jefe, debiendo quedar en esta corte el primer jefe hasta completar el batallón. ¿Luego la cosa urge? ¿Luego no es verdad lo de la pacificación?

—Según hemos visto en una carta de Pamplona, de fecha del 2 del corriente, escrita por una persona respetable, de los pueblos inmediatos a aquella ciudad habían salido los mozos indultados a unirse nuevamente con las partidas carlistas que se han reorganizado en Navarra, como asimismo algunos cabecillas, también indultados, de las partidas de Vizcaya.

Dícese también en dicha carta, que los voluntarios de la libertad de aquella provincia se lamentan del convenio de Amorevieta, tanto como se burlan de los planes triangulares del general Serrano.

Al *Diario de Avisos* de Zaragoza le escriben de Bilbao con fecha 29 de Mayo, entre otras cosas, lo siguiente:

«Haterminado el plazo para las presentaciones, y sin embargo no lo han hecho más de 1,500 hombres en toda la provincia de Vizcaya, siendo así que en Arrigorriaga vimos más de 5,000 y posteriormente en Mañaria, donde se reconocieron todas las fuerzas carlistas, pasaban de 8,000.

Este dato basta para comprender si la insurrección ha terminado, como dicen algunos periódicos.

El ferrocarril continúa destruido desde Potes a Arrigorriaga, y si no se bate pronto a la partida de Velasco, tardaremos en verlo otra vez en explotación. Por las encarnaciones anda otra partida que hace destrozos sin cuento, entre los cuales merece mención haberse inutilizado el telégrafo, único que tenemos para la vía de Santander, del cual quemaron más de 30 postes.

El corresponsal, haciéndose eco de los pocos liberales que existen en Vizcaya, aconseja contra los carlistas medidas de rigor. A esto solo tenemos que advertir que las medidas de rigor adoptadas en 1834 y particularmente las atrocidades de Mina, entre las cuales se cuenta el incendio de Lecároz, fueron causa de que la guerra civil se sostuviese siete años y que los carlistas fuesen, no vencidos, sino vendidos en Vergara.

Hoy tienen pocas noticias los periódicos catalanes. Convienen, sin embargo, en que las partidas van aumentando y organizándose, y en que los carlistas se muestran muy animados.

La Imprenta dice:
«Ayer a las cuatro de la madrugada penetró en Agramunt una partida carlista de unos 40 hombres, quedándose mayor número en las afueras de la población. Permanecieron en ella hasta las siete y se llevaron a los mozos que se habían acogido a indulto. Después de recorrer las calles al compás de una música se marcharon. No se nos dice el nombre del que mandaba la partida.

De Montblanch escriben con fecha 1.º al *Diario de Tarragona*:

La partida carlista Barenys penetró el 30 en Rojals, salió el 31 a la madrugada de dicho punto, y pasó el día en Montreal.

La columna del Sr. Gabiá estuvo acampada en la mañana de ayer a unos tres cuartos de hora de distancia de Rojals y punto conocido por Plans, intentando, a no dudarlo, sorprender a los sublevados.

Según noticias, las columnas que recorren este distrito se proponen por fin atacar las fuerzas carlistas. Dios quiera que el propósito sea verídico, toda vez que solo de este modo puede devolverse la perdida calma a estos pacíficos habitantes.

Los carlistas, con todo, muestran de nuevo agitados, y no fuera extraño que un día de estos viésemos generalizado el movimiento.

Dice el Avisador Malagueño del sábado:
«Ayer, en el tren-correo, salieron de esta ciudad con dirección a la de Antequera, algunas compañías del regimiento de Zamora.

Parece que esta medida ha sido motivada por la existencia de partidas carlistas en Andalucía.

El Eco de Asturias da las siguientes noticias:

«La partida de Faes se dice que corre hacia Cangas de Onís, animada por los buenos resultados que en algunos pueblos ha obtenido, pues de Indistio sacó 3,040 rs. de poder del recaudador de contribuciones, y un buen número de raciones por cuenta del ayuntamiento, una vez se encontraba este desprovisto de fondos.

La de Rosas se dice que va corriendo hacia el Occidente de la provincia, habiendo pasado por Belmonte.

Suponemos que el viaje de la partida Rosas tendrá por objeto buscar recursos como la de Faes y alborotar a los de Burón, Osos, etcétera, donde se desmiente la noticia de levantamiento alguno, por más que en aquellas comarcas se experimenten vivos deseos de aventuras.

No se ha confirmado tampoco el rumor de que hacia la Espina haya aparecido nadie en son de guerra en pro del carlismo.

Deben estar ya en la provincia tres compañías de Reus destinadas a operar contra las partidas, cuya destrucción urge si la ley ha de verse respetada, y los intereses más preciados no han de seguir sufriendo el detrimento que experimentan.

Los jefes de columna que operan contra las partidas han sido autorizados para proceder contra los alcaldes remisos en darles los partes sobre hechos y movimientos de aquellas, así como sobre las personas de los que aparezcan como cómplices, encubridores o cooperadores de las partidas en cualquiera sentido o servicio.

No es Damato el apellido del jefe primero de la partida de Faes, sino Amat.

Este faccioso se produce con bastante figura al decir de los que han tropezado con él. Van ya bajo sus órdenes 160 hombres, no todos armados, pero a los cuales provee de armas al compás que las toma en los pueblos y caseríos que invade.

El Irruac-bat dice lo siguiente:
«Ayer se aseguraba que el Sr. Artigiano (Aristides) estaba sometido a un consejo de guerra por los suyos, que se lo llevaron de Orduña, amenazando fusilarlo, al abandonar la ciudad el vi-

nes. Parece se presentó allí a la partida, presentando el convenio de Zorroza, al que esa facción no le queriendo acogerse, y que acusado de traidor, fué preso.

—Apenas salieron ayer mañana de Orduña las tropas del general Lesca, entró en Orduña una partida de unos cuarenta hombres, que se hallaban en acecho no lejos, mandados por Bernola.

—Una de estas últimas noches ha sido asaltada la casa consistorial de Sopuerta, llevándose los autores del atentado varias armas que allí habían entregado varios presentados, y algunas diligencias criminales que en el juzgado municipal se habían instruido.

—La facción de Velasco y Cubillas se dividió al aproximarse el viernes por la tarde las fuerzas del general Lesca, y se hallaban ayer mañana en Unza y en la Peña Vieja, en número de 2,500 hombres.

—El Sr. Cuvillas se embarcó anteayer en Portugalete con dirección a Bayona.

—El marqués de Valdespina que se resistía a la rendición, ha abandonado el campo y se encuentra ya en Francia, según se nos asegura.

Le han seguido algunos otros de los principales jefes de la insurrección.

—En la vía férrea han causado los facciosos muchos daños. Además de los puentes derribados y quemados, han causado destrozos en las estaciones y casetas de los guardas.

—El Sr. Uribarri, titulado comandante general carlista de Vizcaya, ha fallecido en Oñate. Cuéntase que en el grave estado que se hallaba por las heridas que recibió cerca de aquella villa, causó un ataque cerebral la noticia de la rendición de las facciones de esta provincia, que le produjo la muerte el día 29 del mes último.

La función de desagravios en honor del duque de la Torre, como llama *La Epoca* a la sesión celebrada ayer en el Congreso, fué en extremo variada y larga. En ella tomaron parte todas las facciones de la Cámara: radicales, republicanos, sagastinos, fronterizos, todos contribuyeron a solemnizar la fiesta. Para que nada faltase, terciando el Sr. Sagasta con su habitual intemperancia, excitó la indignación de la mayor parte de la Cámara, que, compuesta al fin de españoles, no podía oír con calma el insulto dirigido contra un príncipe ausente, hazaña para la cual no es menester en verdad gran valor. Los republicanos, que no tenían, como otros, por qué mordirse la lengua, devolvieron el argumento, aludiendo a cierto personaje, en términos, que no ha creído conveniente reproducir el extracto de la *Gaceta*.

De las explicaciones que acerca del convenio de Amorevieta dieron el general Serrano y su sobrino y jefe de Estado Mayor del ejército del Norte, Sr. Lopez Dominguez, no vamos a hablar ahora. Procuramos insertar con bastante latitud los discursos de esos señores, y nuestros lectores formarán juicio por sí mismos.

Una cosa aparece clara en todos los discursos pronunciados ayer en el Congreso; y es el elogio del gran partido carlista hecho por sus adversarios: el elogio de su inextinguible vitalidad, de su indomable pujanza, y al mismo tiempo del valor y de los nobles proceres de esas legiones, cuyo alzamiento podrá juzgarse como se quiera desde el punto de vista de la legalidad vigente, pero que no puede menos de reconocerse hecho a impulsos de un interés no material y mezquino, sino de una idea, de un sentimiento de una creencia, de algo, en fin, que no afrenta a ningún español, sean cualesquiera sus opiniones.

Preciso es decir que el discurso del señor Sagasta ex-presidente del Consejo de ministros, y ex-ministro de la Gobernación que ha dirigido las últimas elecciones, es de lo más impolítico que puede imaginarse. Parece increíble que el general Serrano y el Gobierno, que tanto interés tienen en la pronta pacificación de España, hayan dejado pasar sin correctivo un discurso tan irritante y provocador.

Si el Sr. Sagasta deseara que la insurrección tomara incremento, no habría dicho más de lo que dijo ayer. Si deseara que los vizcaínos que han dejado las armas las volverían a tomar inmediatamente, no se habría expresado en otros términos que lo hizo, cuando después de hablar del convenio de Amorevieta, dejándolo reducido a un simple indulto, excitaba al Gobierno y a la Cámara a adoptar medidas energéticas para que desapareciera el partido carlista de las Provincias Vascongadas, para que los gastos de guerra pesen sobre los carlistas, para levantar el espíritu liberal en el Norte, y reducir a la impotencia a los que llamaba malos españoles.

¿Qué dirán, al saber esto, los diputados vizcaínos, negociadores del convenio de Amorevieta? ¿Qué dice el duque de la Torre, que le dio seguridad de que no se tocaría a los fueros, y se comprometió a pedir al Gobierno garantías? ¿No hubiera sido más digno, más noble, como indicaba el Sr. Pi y Margall, que el discurso del Sr. Sagasta se hubiera pronunciado antes del convenio de Amorevieta? No decimos una palabra más.

He aquí lo único que hoy dice la Gaceta:

Provincias Vascongadas y Navarra.—El General en Jefe salió ayer mañana de Alsasua para penetrar en Navarra por el puerto de Olazagaita, mientras la brigada Primo de Rivera lo hace por el de Lizarraga siguiendo la facción Carasa. El Carcan general del distrito se hallaba en Santa Cruz de Campezu en observación de la mencionada facción.

Los 53 prisioneros hechos por el batallón cazadores de Barbastro entraron ayer en Vitoria.

Burgos.—Siguen las presentaciones a indulto habiéndolo verificado ayer 19 individuos.

Castilla la Nueva.—La facción Bermúdez se ha dividido, yéndose la mayor parte con este y demás jefes a la provincia de Toledo, y quedando el resto en la de Ciudad-Real.

En el resto de la Península se disfruta de completa tranquilidad.

No se puede decir menos. ¿Y las partidas de Alava? ¿Y las de Cataluña? ¿Y las de Asturias? ¿Y las que hay en Orduña y en las Encartaciones? ¿Y las de Valencia? ¿Y las de Córdova?

Leemos en La Esperanza:

«Nos habíamos propuesto, por razones que debidamente apreciarán nuestros lectores, no decir una sola palabra acerca de la marcha del proceso a que están sometidos nuestros amigos de la Junta Central católico-monárquica, uno de cuyos vocales y cuyo primer secretario personifi-

can el periódico *La Esperanza*. La circunstancia de no haber sido elevada a plenario la causa, y consideraciones de delicadeza, nos imponían esta línea de conducta; de la que no creemos separarnos poniendo en conocimiento de nuestros lectores que el sábado tuvo lugar, a puerta cerrada, la vista del incidente de exarcelación.

El Sr. Treles, letrado distinguidísimo, al que tanto deben los carlistas presos y perseguidos, se defendió a sí propio; y defendieron respectivamente a los Sres. Antuñano, Gomez y La Hoz, los Sres. Espinosa, Casanueva y Silvela (D. Francisco), a quienes damos las más cumplidas gracias por los brillantes y profundos discursos que pronunciaron ante la Sala, en cuyo recinto sólo se dejó penetrar a los procesados y a sus custodios, al señor gobernador de las prisiones militares, al ayudante del mismo y al agente de orden público que guarda al Sr. Antuñano en su casa, donde, por desgracia, continúa enfermo.

Los Sres. Antuñano, Gomez y La Hoz se sentaron en el banquillo de los reos. El Sr. Treles, por el hecho de defenderse a sí propio, fué autorizado para hablar desde el banco de los abogados.

Nuestros amigos esperan tranquilos el fallo de la Sala, según el cual, ó han de ser puestos en libertad bajo fianza, ó han de continuar por tiempo indefinido presos en la cárcel militar de San Francisco. Hemos oído, y cumplimos con lo que se nos ha replicado consignándolo aquí, que si las personas encargadas de la defensa de los procesados en esta causa, no tuvieran asegurada su reputación en el foro, sus discursos del sábado bastarían para acreditarlos como abogados criminalistas de primer orden.

Desearíamos vivamente que los esfuerzos de tan distinguidos letrados sean coronados con el éxito que apetecemos, siendo restituidos a sus familias, de que hacen y medio fueron separados, nuestros queridos amigos los señores La Hoz, Gomez y Treles; y puesto en libertad el Sr. Antuñano, que por sus dolencias no pudo ser trasladado a la cárcel.

Lamentándonos mucho del motivo que da lugar a ellas, reproducimos con mucho gusto las siguientes cartas, que publica *La Esperanza*, relativas a un amigo querido contra quien se esparció entre gentes sencillas alguna torpe calumnia:

«Señor director de La Esperanza:

Muy señor mío y mi distinguido amigo: Por más que siempre se verifique aquella luziferina máxima «calumnia que algo queda», es una verdad inconcusa que al fin la calumnia se vuelve contra el mismo calumniador; empero ese algo afilja sensiblemente a un corazón recto, y si este se siente obligado por un precepto de caridad a salir al campo en defensa de su prójimo, mayor es la obligación que el vínculo de una cordial amistad impone a un amigo cuando ve gratuitamente por tierra la fama y alta reputación del objeto de sus cariños.

Y qué mejor defensa que la publicidad de una carta del mismo calumniado? No extrañe usted, pues, que yo me dirija a *La Esperanza* en demanda de un espacio. La carta es como sigue:

«Frontera la Francia, 13 de Mayo de 1872.—Mi querido Ruedo: He sabido con sumo disgusto y con dolor profundísimo que algunos de los muchachos que han vuelto a la villa a consecuencia de la dispersión producida por un azar natural de la guerra, han esparcido con crédito y valimiento contra mí noticias infamantes, y manifestado con general aceptación contra mi familia criminales conatos. Si yo no tuviera que consultar a otros intereses que los de mi honra, tan villanamente ultrajada, y a la tan injustamente perturbada tranquilidad de mi familia, mi voz se habría dejado oír ya en España: pero como soy hombre de partido, en cuya lealtad quisiera yo que se inspirasen muchos de mis calumniadores, y pesen sobre mí los deberes de tal, hago el sacrificio del silencio mientras lo exijan las circunstancias, que en cuanto pueda hablar, le aseguro que he de quedar mis calumniadores y los que les hayan dado asenso, deslustrados de tanta luz.

Yo sé que no hay profeta en su patria; pero tenéme a mí, dechado de sinceridad y buena fe política, y de una fortaleza ejemplar para sufrir por la causa todo género de sacrificios, por traidor, y tenéme gentes que no ven ni pueden ver más allá de sus narices, y tenéme sin correctivo, y lo que es peor, con el asentimiento de las personas sensatas y que consideraba amigas.... esto me ha llegado al alma y herido del modo que, cuando pueda hablar al país, diré.

Jamás he querido hacer caso de los rumores insidiosos que en esa villa se han levantado con frecuencia contra mí y ocupar al público con mi persona; ya no puedo sufrir más. Hablaré y vive Dios! lo más pronto posible, y hablaré por última vez para ese pueblo que, por lo visto, no quiere conocerme, a pesar de mi perseverante abnegación y profundísima lealtad.

Haz pública esta carta, interin yo pueda hablar, que ella prevenga los juicios temerarios, siquiera de los que se llaman mis amigos.

Que Dios te guarde, y manda cuanto y como gustes a tu invariable amigo que te abraza, Cruz Ochoa.»

Cuando fué conocido en Madrid el convenio de Amorevieta, los liberales, incluso los mismos unionistas, censuraron con dureza el proceder del duque de la Torre; el Gobierno no se atrevió a defenderle; los más amigos se limitaban a manifestar dudas respecto de la autenticidad del documento, y todo, en suma, eran quejas y recriminaciones. Algunos periódicos ministeriales, como *La Prensa*, declararon paladinamente que si el convenio resultaba cierto, lo combatirían desde luego, y se pondrían en contra del general Serrano.

Aparte de las faltas que se echaban de ver en cada una de las cláusulas del convenio, decían los liberales que el documento, en conjunto, era indefinible, bochornoso para el ejército, porque los carlistas eran tratados como beligerantes, y se reconocía la fuerza de la sublevación y la imposibilidad de sofocarla.

Estas consideraciones y otras se hacían. Sin embargo, pasan algunos días, el general Serrano se presenta al Congreso, confiesa la autenticidad del convenio y la pujanza de la insurrección, y aquella mayoría acusadora se apresura a darle un voto de gracias y a felicitarle por lo que ha hecho.

¿Pobre cosa son las mayorías parlamentarias!

La mayoría y el Gobierno necesitan del general Serrano, único punto de apoyo de esta desgraciada situación, y aunque el convenio de Amorevieta fuera mil veces más censurable de lo que pueda serlo, el duque de la Torre no tendría peligro de ser abandonado.

Además, no hay que olvidar que, según la oportuna frase de un periódico, una de las partidas que se han acogido al convenio es la de los dos millones, que salió de las cajas

de Ultramar, y los que se interesan por la suerte de esa partida, no pueden menos de alabar y ensalzar el convenio de Amorevieta, aunque los carlistas digan que no han sido vencidos.

Llamó mucho la atención que el duque de la Torre dijera ayer que el convenio de Amorevieta, remitido el 24 de Mayo desde Bilbao al Gobierno, no había llegado oportunamente a manos de este.

La cosa, en verdad, es extraña. Sobre esto merece leerse lo siguiente que dice un periódico:

«Lo único curioso que en el discurso encontramos, es la noticia de que el indulto ó tratado por el remitido al Gobierno con fecha 24 de Mayo, no había llegado aun a su destino. El presidente del Consejo extrañábase de esto, lo cual nos prueba que los dos amigos que salieron a esperar no cumplieron bien su misión, porque si no hubieran enterado al general en jefe de cómo una carta escrita por una alta dama a su ilustre esposo, aparece por ocultas artes en un expediente relativo a dos millones que se extravíaron. Pidale, pues, el duque de la Torre al señor Candau la llave bajo la cual guarda el ministro de la Gobernación, según nos dijeron los periódicos ministeriales, el famoso expediente, y sin temor alguno, porque allí habrá agua en abundancia, hojee sus páginas, y si no encuentra su convenio, saque al menos que el escamoteó, que el que hace un cesto, hace ciento, como acusa el refrán.

En la sesión de ayer hubo un alboroto por no dejar el Sr. Rios Rosas decir al Sr. Abarzuza que prefería el entusiasmo religioso de los carlistas al excepcionismo de los ministeriales, que si fuera monárquico lo sería de D. Carlos y no de D. Amadeo y algunas otras cosas.

Exactamente lo mismo piensan todos los republicanos españoles, siquiera por que, según confiesa todo el mundo, desde el general Serrano hasta el Sr. Pi y Margall, desde *La Epoca* hasta *El Combate*, el partido carlista es un partido admirable por su fé, su valor, su constancia y su fuerza.

Según el *Diario de Avisos*, de Zaragoza, los presos carlistas que hasta ahora han sido juzgados por los consejos de guerra de aquella capital, han sido condenados a catorce, doce, ocho y seis años de prisión mayor.

Dic n de Barcelona:

«Parece que se va a dirigir a D. Víctor Balaguer, actual ministro de Fomento, una razonada exposición firmada por varios artistas empresarios de teatros y autores dramáticos, suplicándole dote a España de un reglamento teatral y un código artístico, que tanta falta nos hacen.»

A la una de la tarde se verificó ayer en el Círculo Mercantil la reunión que anunciamos, y a la que asistió gran número de tenedores de la Deuda, con objeto de discutir acerca de diferentes cuestiones relativas al presupuesto presentado por el Sr. Camacho.

Tomaron parte en la discusión los Sres. Alvarez, Crespo, Pastor y Villota, proponiendo después los Sres. Baura y Drumen que se nombrara una comisión nominada para designar otra encargada de gestionar cerca del señor ministro de Hacienda y de la comisión de presupuestos del Congreso en favor de los intereses de los tenedores, por los conceptos que ya indicamos al dar cuenta de la primera reunión.

El discurso del Sr. Alvarez, especialmente, fué muy aplaudido por lo correcto de la frase y lo preciso y exacto de los razonamientos.

La reunión terminó a las cinco próximamente.

El día 31 de Mayo empezaron a celebrarse las juntas generales en las provincias de Alava, que por motivos de fuerza mayor tienen lugar en Vitoria y no en Villareal, que fué la designada en la última reunión.

Las juntas han tratado asuntos administrativos.

Se nos asegura que el acuerdo tomado el viernes por el Casino republicano, no fué tan terminante como ha dicho el periódico de quien tomamos la noticia. La proposición votada decía que el Casino vería con gusto el retraimiento, lo cual no es precisamente lo mismo que acordarlo. La proposición fué aprobada por unanimidad, pues los que no estaban conformes con ella se abstuvieron de votar.

La Gaceta de hoy no contiene ningún decreto. Por el ministerio de Estado se publica el convenio consular entre España y el imperio alemán, firmado en Madrid el día 12 de Enero del presente año.

Hoy publica *La Gaceta* una circular que la dirección general de Agricultura, Industria y Comercio dirige a los gobernadores con el fin de que publicanla en los *Boletines* y periódicos, lleve a conocimiento de los interesados. En ella se aconseja a los labradores que posean terrenos fécosos y permeables, que los dediquen al cultivo de la morera, recomendándoles la importancia y utilidad de la producción de la seda; y encarga a las secciones de Fomento de todas las provincias, que escriban una Memoria en que se manifieste el estado actual y anterior de esta industria.

No se tienen aún pormenores en Europa del gran incendio de la capital del Japon. Sábese tan solo que fueron 10,000 las casas incendiadas, merced a un fuerte huracán, que coincidió con el principio del incendio. En sus ruinas se habían descubierto ya más de 400 cadáveres, pero las desgracias debían ser mucho mayores, siendo innumerables las familias que carecían de hogar y de recursos.

Leemos en El Diario de Palma de 31 de Mayo:

«Parece que ayer el señor gobernador oficial al señor alcalde ordenándole que izase la bandera nacional en la asta de la fachada de la casa del ayuntamiento, con motivo de los cumpleaños del rey; y no habiéndose cumplido aquella orden, se presentó a la autoridad municipal el secretario del gobierno de provincia, y le intimó, de orden de su jefe, el cumplimiento de lo mandado, y al cabo de un rato, se izó la bandera. Añádese también que por este motivo se impuso al señor alcalde la multa de 250 pesetas.»

SEGUNDA EDICION.

de la cuestión militar de Francia y de los asuntos de España.

Se asegura que la partida alzada en Jerez es republicana, y va mandada por un ex-diputado del partido. Dícese también que va aumentando el número de los sublevados.

El ministerio actual no acaba de completarse. Aun no hay ministro de Ultramar.

Uno de los primeros actos del nuevo ministro de la Guerra, general Serrano, será dar las gracias por su comportamiento al ejército del Norte y a su jefe el duque de la Torre, y aprobar las propuestas de recompensas por este elevado servicio.

Ayer hubo una junta magna de alfonosinos, donde dicen que fueron vencidos los partidarios de la mayoría de edad de D. Alfonso por los mantenedores de la regencia del duque de Montpensier.

Hoy ha jurado el duque de la Torre su cargo de presidente del Consejo y ministro de la Guerra, antes de presentarse en las Cortes. Parece que D. Amadeo le ha prodigado sus atenciones.

Ayer se hablaba de una carta que el señor Ruiz Zorrilla había dirigido a D. Amadeo, dirigiendo a Víctor Manuel, excusándose de haber cesado en el papel de protector que le fue confiado al ir a ofrecer la corona a D. Amadeo.

Parece que el general Topete ha ofrecido que se concedería el indulto al jefe carlista Sr. Caracul si hubiere lugar a ello.

El duque de la Torre ha ido hoy al Senado a dar explicaciones de su conducta como hizo ayer en el Congreso. La escena ha sido análoga a la de ayer en el Congreso.

Parece que D. Gerónimo Borao, consecuente progresista aragonés, será el director de Instrucción pública.

Mañana tendrán una reunión por la noche los diputados y senadores radicales. Hoy se ha notado la falta de muchos en el Congreso.

Se da ya por seguro que se ha logrado convencer al Sr. Ayala para que sea ministro, frustrando las esperanzas de los cuatro o cinco aspirantes indicados.

En el Senado se ha presentado por el radical Sr. Seoane, una proposición de censura al duque de la Torre, por el tratado de Amorevía.

CONGRESO.

A las dos en punto se abre la sesión con muy escaso número de diputados.

Algunos de estos hacen constar su voto en la proposición de ayer.

El Sr. Sorni reclama la correspondencia escrita y telegráfica que ha mediado entre el general en jefe del ejército del Norte y el Gobierno de don Amadeo.

Pregunta si es cierto que han sido fusilados nueve soldados por el delito de desertión.

El ministro de la Gobernación promete traer de los documentos pedidos los que el Gobierno juzga oportunos.

Niega que hayan sido fusilados los soldados que el Sr. Sorni dice, afirmando que solo ha sido pasado por las armas un soldado en Pamplona.

El Sr. Sorni se felicita de que no sean ciertas sus noticias, pues sería lamentable que se vieran grados y honores a generales que siempre se han sublevado, mientras eran castigados los pobres soldados por el mismo delito.

Pide la lectura de unos artículos de la Constitución, que consignaban la responsabilidad de los ministros, y la necesidad de que todas las órdenes y decretos emanen de la Corona.

El Sr. Boet pide que el Gobierno tome algunas medidas para evitar que se siga enseñando en París un modelo de monumento ofensivo a España y costado por los peruanos.

A petición del Sr. Sorni se leyó el acta de juramento de D. Amadeo a la Constitución del Estado.

Algunos diputados hacen preguntas de interés local.

Contestando el Sr. Candau al Sr. San Miguel, que le preguntaba en virtud de qué ley había separado a algunos ayuntamientos, dice que en virtud de la ley de seguridad del Estado, por ser carlistas esos ayuntamientos.

Se da cuenta de una comunicación, anunciando que el duque de la Torre se había encargado de la presidencia del Consejo de ministros.

El Sr. Gil Verges reclama el expediente de los dos millones, como necesario para la discusión del proyecto de ley que se discute.

Algunos diputados siguen haciendo preguntas.

El general Serrano toma asiento en el banco azul y manifiesta con breves palabras que acepta en un todo el programa político formulado hace algunos días por el presidente interino del Consejo Sr. Topete.

Se entra en la orden del día.

Empieza la discusión del mensaje de la corona.

Se lee una enmienda del Sr. Becerra.

Este señor pronuncia un largo discurso en su apoyo.

Hace grandes excursiones por el campo de la política y de la historia.

Examina la distinta posición de los partidos, manifestándose ardiente partidario del título primero de la Constitución, acerca del cual pregunta al Sr. Elduayen si es cierto que está en sus ideas el reformar los derechos individuales.

Se extiende en largas consideraciones.

Cita las opiniones de muchos hombres acerca del sufragio universal.

Pide cuenta de sus opiniones a muchos individuos del Congreso, que siendo ayer furibundos radicales están hoy apoyando a ministerios unionistas.

Dice que no debe nada a la revolución.

El orador pide algunos minutos de descanso.

Se suspende la sesión por espacio de media hora.

El Sr. Becerra reanuda su discurso.

A las seis y media, hora en que cerramos este alcázar, el Sr. Becerra sigue descargando golpes contra el partido conservador y el ministerio.

DESPACHOS TELEGRAFICOS

(De la Agencia Fabra.)

LONDRES, 3.—El Times publica un tele-

grama de Filadelfia, fechado ayer, según el cual, los Estados Unidos insisten en su negativa de enviar al Senado el artículo adicional al tratado del Alabama para que sea modificado, y desean que Inglaterra lo acepte en la forma aprobada ya por el Senado de Washington.

NOTA. No se han recibido aun los telegramas de ayer tarde.

VERSALES, 3 (noche).—Asamblea nacional.—Se aprueba por 590 votos contra 87, el artículo 23 de la ley sobre reclutamiento del ejército, con una enmienda disponiendo que los plazos que se podrán conceder a los quintos, no arguyen una dispensa ni una exención. En todo caso, servirán el tiempo completo en las filas del ejército.

WASHINGTON, 3.—Según noticias de México, el ejército revolucionario ha sido derrotado en Momenau.

PARIS, 3.—Han cerrado en la Bolsa: El 3 por 100 francés, 55-72; El 5 por 100, 48-07; El interior español, a 25 3/8; El exterior idem, a 30 1/2.

LONDRES, 3.—Exterior español, 30 1/2; Portugés, 42 3/8; Interior español, 25 3/8; Portugés, 41-00.

AMSTERDAM, 3.—Español, 30 1/2; Portugés, 41 3/8.

BOLSA DEL DIA 4 DE JUNIO.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 27-15, 20 15 y 10; pequeños, 27-30, 40, 20 y 15.

Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 32-45 y 50, pequeños, 32-60; a plazo, 32-50, fin cor. vol.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 400 interés anual, publicado, 74-80, 90 y 75.

Obras públicas de 1.º de Julio de 1853, de 2,000 reales, publicado, 59-10.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 reales, publicado, 53-40 y 50.

Acciones del Banco de España, no publicado, 190-00.

La dirección de la Caja general de Depósitos ha acordado los pagos que se expresan a continuación para el día 5 del corriente, de diez a dos de la tarde:

Intereses de resguardos al portador, números de 1.501 a 1.525 de sorteo.

Practicadas por dicha caja las operaciones de canje de las carpetas señaladas con los números 4,001 a 4,100, los interesados pueden presentarse en la misma a recibir los nuevos documentos que les pertenecen, desde mañana 5 del corriente.

Los días 7, 8 y 9 del corriente no habrá operaciones en dicha dirección general, por verificarse el desestere de sus oficinas.

La temperatura máxima fue ayer en Madrid: a la sombra, de 23.6, y al sol de 34.2.

NOTICIAS GENERALES.

La dirección de la Caja general de Depósitos ha acordado los pagos que se expresan a continuación para el día 5 del corriente, de diez a dos de la tarde:

Intereses de resguardos al portador, números de 1.501 a 1.525 de sorteo.

Practicadas por dicha caja las operaciones de canje de las carpetas señaladas con los números 4,001 a 4,100, los interesados pueden presentarse en la misma a recibir los nuevos documentos que les pertenecen, desde mañana 5 del corriente.

Los días 7, 8 y 9 del corriente no habrá operaciones en dicha dirección general, por verificarse el desestere de sus oficinas.

La temperatura máxima fue ayer en Madrid: a la sombra, de 23.6, y al sol de 34.2.

NOTICIAS GENERALES.

La dirección de la Caja general de Depósitos ha acordado los pagos que se expresan a continuación para el día 5 del corriente, de diez a dos de la tarde:

Intereses de resguardos al portador, números de 1.501 a 1.525 de sorteo.

Practicadas por dicha caja las operaciones de canje de las carpetas señaladas con los números 4,001 a 4,100, los interesados pueden presentarse en la misma a recibir los nuevos documentos que les pertenecen, desde mañana 5 del corriente.

Los días 7, 8 y 9 del corriente no habrá operaciones en dicha dirección general, por verificarse el desestere de sus oficinas.

La temperatura máxima fue ayer en Madrid: a la sombra, de 23.6, y al sol de 34.2.

NOTICIAS GENERALES.

La dirección de la Caja general de Depósitos ha acordado los pagos que se expresan a continuación para el día 5 del corriente, de diez a dos de la tarde:

Intereses de resguardos al portador, números de 1.501 a 1.525 de sorteo.

Practicadas por dicha caja las operaciones de canje de las carpetas señaladas con los números 4,001 a 4,100, los interesados pueden presentarse en la misma a recibir los nuevos documentos que les pertenecen, desde mañana 5 del corriente.

Los días 7, 8 y 9 del corriente no habrá operaciones en dicha dirección general, por verificarse el desestere de sus oficinas.

La temperatura máxima fue ayer en Madrid: a la sombra, de 23.6, y al sol de 34.2.

Según los partes recibidos, ayer no llovió en ninguna provincia.

La recaudación de arbitrios sobre artículos de comer, beber y arder, importó anteaer en Madrid, 28,999 pesetas, 70 centimos.

Durante el mes de Abril último han transitado por el canal de Suez 106 buques, y en igual mes de 1871 lo verificaron 55; de modo que el aumento resulta de 51 barcos, ó sea casi el doble.

La Correspondencia ha oído hacer los mayores elogios de las medidas adoptadas por la comisión de la sociedad de Socorros a los heridos en campaña, creada en San Sebastián, que como la de Onate ha prestado útiles y señalados servicios.

El ayuntamiento de Madrid advierte a los que se crean con derecho a indemnización, con motivo de la traslación de los cajones de la plaza de la Cebada, que acudan en el plazo de un mes presentando los documentos que justifiquen su derecho.

He aquí, según un diario francés, la nomenclatura de las condenas pronunciadas por los consejos de guerra de Versalles hasta el 27 de Mayo último:

—A muerte 73, a trabajos forzados 212, a la deportación en un recinto fortificado 394, a la deportación simple 2,900, a la detención 1,169, a la reclusión 60, a prisión por menos de tres meses 305, por más de tres meses 1,373, por más de un año 1,138, al destierro 291. Total, 8,415. El término medio de los declarados en libertad ha sido de 20 por 100.

He aquí el pronóstico que remite a un periódico el astrónomo zaragozano D. Mariano Castillo, acerca de las variaciones atmosféricas que hemos de experimentar en el mes de Junio entrante.

Desde el 1.º al 10, experimentaremos calor con temporales tempestuosos, vientos, NO, SE, y E, que traerán fuertes tronadas y pedriscos, acompañados de chapas eléctricas en varias localidades; alternarán días de calor y frío con vientos que aturbonarán la atmósfera, por lo cual del 11 al 21 será intenso el calor, pero no excesivo, como anunciaban algunos nuevos (pero falsos) astrónomos, pues no pasará en toda España de 32.12 grados, y esto solo durante 3 ó 4 días, que por lo general no excederá de 27, 28 y 29 y lo más 30 grados en los demás; lo cual será causa de que descarguen tempestades con pedriscos, chapas eléctricas, vientos fríos y ríos y lluvias tempestuosas en las principales provincias de España, tales como Madrid, Zaragoza, Valladolid, Barcelona, Murcia, Oviedo, Cádiz, Sevilla, Málaga y en las Vascongadas, en las que se experimentarán estas variaciones así como en muchos puntos del extranjero. Por espacio de tres días los mares estarán embravecidos.

Del 22 al 30 densas nubes oscurecerán el espacio, habrá gran condensación molecular, vientos fuertes y calmas, presión atmosférica del SO, al E, SE, y NE, turbulencias marinas, torbellinos terrestres y submarinos, lo cual ocasionará grandes borrascas en los mares de Europa y América, con vientos varios del 4.º cuadrante. Y, por último, en Europa, donde se fijó de cinco a nueve días consecutivos el viento E, SE, S, y N, habrá grandes inundaciones. Los navegantes deben estar muy prevenidos en este caso, aunque el aspecto de la atmósfera no inspire temores y el cielo resplandezca diáfano y azul, pues su confianza en estos falsos indicios puede costarles la pérdida de sus embarcaciones con las terribles tempestades que han de sobrevenir, no solo en muchos países de Europa, sino que han de hacerse extensivas a algunos no con prendidos en ella.

La nación a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Los mares a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Los mares a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Los mares a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Los mares a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Los mares a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Los mares a la modernidad.

Poder legislativo.—Poder ejecutivo.

La administración en sus teorías.

La administración en la patria.

Dicen de Manila con fecha 13 de Abril,

que en Jeli se ha experimentado una fuerte tormenta, arrojando a la costa a la barca francesa *Bulle* el *Marie*, el *María Rosario*, tres cañoneras españolas y otras varias embarcaciones.

Parece que los ensayos hechos en París para la fabricación de monedas de aluminio han tenido buen éxito.

A consecuencia de una petición de los trabajadores de Nueva-York, el Gobierno de los Estados Unidos ha puesto en vigor la ley que fija en ocho horas las de trabajo de día de jornaleros.

Parece que el buen resultado que han producido las exposiciones de flores en Valencia durante el mes de Mayo ha hecho pensar en la conveniencia de celebrar en Setiembre una ó varias exposiciones de uvas y otras frutas.

El ayuntamiento de París ha dispuesto que se cambien los nombres de todos los boulevards y de las calles que los tienen que recuerdan sucesos del imperio.

Dice un periódico de Nueva-York: «Las orugas se amontonan de tal modo en los ferrocarriles, por las inmediaciones del Men-ferry, que los trenes de pasajeros se retardan notablemente, y los de carga tienen que llevar muchos carros que de costumbre no llevan».

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Francisco Caracciolo y Santa Saturnina, vírgen y mártir.

SANTO DE MAÑANA. San Bonifacio, mártir.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas del Sacramento, donde continúa la novena de Jesús Sacramentado: a las diez será la Misa mayor con sermón, que predicará D. Luis Millán, y por la tarde, en los ejercicios, D. Bernardo Pereda.

Continúan celebrándose las novenas del Sagrado Corazón de Jesús, y predicará en Italianos, el P. Montalbán en la Misa mayor; y por la tarde, en los ejercicios D. Manuel Pedrosó; en las Trinitarias predicará por la tarde el P. Tornos; en las Salesas Nuevas D. Manuel Uribe; en el oratorio del Olivar D. Antonio Sánchez Barrios, y en Santiago, por la noche, D. Jaime Cardona.

En la iglesia de Monserrat principia la novena que anualmente se consagra a San Antonio de Pádua, y predicará en la Misa mayor D. Rafael Artero, y por la tarde, en los ejercicios, que comenzarán a las cinco, será orador el P. Tornos.

También comienzan novenas a San Antonio de Pádua, y predicarán, por la tarde, en San Justo, D. José Benet, y en San Luis D. Gregorio Montes.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de los Peligros, en el Sacramento ó en las Trinitarias.

IMPRENTA DE D. GABRIEL RAMÍREZ, a cargo del mismo, Calle de Peláyo, 34, año.

SECCION DE ANUNCIOS

Cuidado con las Falsificaciones!

SALUD Y ENERGÍA A TODOS LOS ENFERMOS.

Logrados sin medicina, purgantes, ni gastos, por la deliciosa

HARINA DE LA SALUD,

REVALENTA ARÁBIGA (DU BARRY de Londres.)

(Premiada en la Exposición de Nueva-York, 1854.)

Cura radicalmente las malas digestiones (dispepsias), gastritis, gastralgias, estreñimientos habituales, almorranas, flemas, vientos, palpitaciones, diarreas, hinchazones, acedías, pituitas, jaqueca, náuseas, vómitos después de comer y durante el embarazo, dolores, agrieles, calambres, espasmos de inflamación del estómago, de los riñones, del corazón, de costado y de espalda, todos los desórdenes del hígado, de los nervios, de la garganta, de los bronquios, del aliento, de la membrana mucosa, vejiga y bilio, insomnios, tos, opresiones, asma, catarro, tisis (consumción), herpes, erupciones, decalcimiento, agotamientos, parálisis, diabéticas, reumas, gota, fiebre, histeria, irritación de los nervios, neuralgia, vicio y pobreza de la sangre, palideces, supresiones, hidropesías, reumatismo, gripe, falta de frescura y energía, y fiebre amarilla.

Ella es también el mejor fortificante para los niños débiles como para las personas de toda edad, fortaleciendo los músculos, y consolidando las carnes.

Ella economiza 50 veces su precio en otros remedios, y cuatro más que la carne, proporcionando pues doble economía.

Extracción de 75,000 curaciones, rebeldes a los otros tratamientos.

Certificado núm. 53.614 de la señora marquesa de Bréhan.

Muy señor mío: Por resultado de un mal de hígado he estado en un estado de afección que había durado siete años. Me era enteramente imposible distraerme con la lectura, la escritura o la más sencilla labor de aguja; sentía punzadas nerviosas por todo el cuerpo; digería el alimento con mucha dificultad; por la noche estaba continuamente desvelado; y me hallaba sujeta a una agitación nerviosa insoportable que me hacía andar horas enteras de un lado a otro sin poder reposar un solo momento. El ruido

FABRICA Y ALMACEN

DE OBJETOS DE METAL BLANCO Y PLATA RUOLZ de J. Ruiz Schumacher, (antes Preciado é hijo), Mayor, números 27 y 29, Madrid.

En este gran establecimiento se encuentra todo lo perteneciente al Culto Divino, casas particulares, fondas y cafés.

Hay custodias, cálices (copa y patena de plata), copones, vinageras, sacras, ciriales, candeleros, cruces de altar y parroquiales, etc., etc.

Cubiertos superiores, cucharitas, cuchillos, servilletas, bandejas, juegos de café, vinageras, candeleros, etc.

Todo desde los precios más bajos hasta los más elevados.

Los mismos objetos se trabajan en plata de ley, y en esta y en metal se hacen encargos especiales con el buen gusto y economía que en el período de más de veinte años que la casa cuenta de existencia tiene acreditado.

Se compra oro y plata en pequeñas y grandes partidas.

Especialidad en plateado y dorado en toda clase de metales.

Jabón de platos para limpiar oro, plata, metal blanco y otros, a 6 rs. pastilla.

EL ZUAVO DEL PAPA.

REVISTA QUINCENAL,

dedicada a la defensa de la libertad e independencia de la Santa Sede.

Se publica en Barcelona bajo la dirección de D. Antonio Riba y Aguilera, Presbitero.—Suscripción a un ejemplar España, 8 rs. cada año; Cuba y Puerto Rico, 12; Filipinas, 14; Extranjero, 20.—Suscripción a 25 ejemplares: España, 12 rs. cada mes; Cuba y Puerto Rico, 14; Filipinas, 14; Extranjero, 20.

Los pedidos y avisos de suscripciones se dirigirán a la Administración de El Zuavo del Papa, calle del Pino, núm. 5, bajo.—Barcelona.

del tráfico ordinario y aún la misma voz de mi doncella me incomoda a veces. Me acumbaba bajo una triste mortal, y el tacto de mis semejantes había llegado a serme penoso. Varios médicos ingleses y franceses me habían prescrito remedios inútiles, y habiendo perdido toda esperanza, Dios me ha hecho revivir; puedo ahora ocuparme en toda especie de labor, hacer y recibir visitas; finalmente, he recobrado mi posición social.—D. José María de Bréhan.

Núm. 53,081. El señor duque de Pliska, mariscal de la corte, de una gastritis.—Núm. 63,476. Sra. Romaine des Isles.—Londres sea Dios! La Revalenta árabe ha puesto fin a mis 12 años de sufrimientos horribles del estómago, sudores nocturnos, y malas digestiones, J. Compere, Cura.—Núm. 44,346. El señor Arzobispo Alex. Suarado, de tres años de sufrimientos horribles de los nervios, de reumatismo agudo, insomnios y cansancio continuo.—Núm. 46,248. El coronel Watson, de la gota, neuralgia y estreñimiento obstinado.—Núm. 53,860. La señorita Gallard, calle du Grand Saint Michel, en París, de una tisis pulmonar, después de haber sido declarada incurable en 1855, no quedándole más que algunos meses de vida. Hoy, 1871, se encuentra gozosa y con una completa salud.

El señor doctor en medicina, Martin, de una gastritis e irritación de estómago, que le habían hecho padecer quince y diez y seis veces por día durante ocho años. BARRY DU BARRY Y COMP. Calle de Valverde, núm. 4, Madrid.—Precios fijos de la venta al por menor en toda la Península: En cajas de caja de 1/2 libra, 42 reales; 1 libra, 80 rs.; 2 libras, 80 rs.; 5 libras, 170 rs.; y de 2 1/2 libras, 240 rs.—Se vende también

LA REVALENTA AL CHOCOLATE

Privilegiada por S. M. la Reina de Inglaterra.)

Alimento riquísimo, eminentemente nutritivo, asimilando y fortaleciendo los nervios, el estómago y las carnes, y renovando la sangre; da el apetito, la digestión, buen sueño, tranquilo, fuerza a los nervios, a los pulmones, y al sistema muscular.

Cura núm. 72,448. Cádiz, 3 de Junio de 1868.—No puedo menos de manifestar a ustedes los brillantes resultados que he obtenido propinando su Chocolate de Revalenta a mi señora. Muchos años hacía que padecía de agudos dolores intestinales y de insomnios persistentes, merced a este sorprendente específico ha quedado completamente restablecida.—VICENTE MORALES.

El polvo, en cajas de 12 tazas, 42 rs.; de 24 tazas 80 rs.; de 48 tazas, 34 reales; de 120 tazas, 80 rs., ó sean a cuartos la taza.